



MARGOTTE  
CHANNING

ERIKA

ERIKA

[margottechanning@gmail.com](mailto:margottechanning@gmail.com)

Facebook: margottechanning

[UNO](#)

[DOS](#)

[TRES](#)

[CUATRO](#)

[CINCO](#)

[SEIS](#)

[SIETE](#)

[OCHO](#)

[NUEVE](#)

[DIEZ](#)

[EPILOGO](#)

# UNO

Irlanda, año 1112

Hrolf era el jefe de los vikingos cuyos barcos estaban llegando a la playa para ayudar a Alexis Hasink, el gran rey irlandés. Acudía de esta manera, a la petición de ayuda que le había hecho su amigo el rey, dos semanas atrás.

El mar estaba embravecido, pero así era como más le gustaba. El cielo se oscureció y destelló un rayo, una sobrecogedora línea plateada, como si uno de sus dioses vikingos lo hubiera lanzado para iluminar a sus protegidos. Recordó que, según la leyenda, Odín arrojaba sus rayos, cuando cabalgaba por los cielos con su caballo negro Sefir y su carro, y de esa manera desataba las tormentas.

Estaba de pie erguido e imponente, parecía un gigante contra el viento, con una bota firmemente apoyada en la proa de su drakkar. El viento le alborotaba el cabello dorado, sus rasgos duramente cincelados, no eran bellos. Su mayor atracción eran los ojos, de un ardiente azul cobalto, que transmitían una feroz determinación. Su boca, ancha y sensual, poco dada a sonreír, formaba una línea recta mientras contemplaba la costa. Llevaba bien recortados la barba y el bigote, y tenía la piel bronceada. Su ropa era como la de sus hombres, no necesitaba usar ropa fina para ostentar una nobleza que no poseía. Solo con su estatura y la fiereza que emanaba de él, hacía temblar a sus enemigos. Su figura, sobrecogedora e impresionante para hombres y mujeres por igual, estaba dotada de un extraordinario poder en los músculos de los hombros y el pecho. Sus piernas, firmes sobre el barco balanceado por la tempestad, eran fuertes como el acero tras años de surcar los mares, cabalgar, correr, luchar y cometer las tropelías propias de un vikingo.

Él siempre luchaba por un sueldo, su pequeño ejército de mercenarios, contratado por reyes y caudillos, ayudaba a conquistar tierras o reinos. Luego, cobraba y se marchaba. Esta era el último trabajo. Se había retirado meses atrás, a su granja en Vinland, pero Alexis, el rey, le había mandado una carta pidiéndole ayuda y, debido a los favores recibidos por él años atrás, no tuvo más remedio que acudir. Así que aquí estaba, decidido a ayudar a su amigo, y, luego, a volver a su tierra y buscar una mujer o mujeres, que le dieran hijos y le ayudaran a

encontrar la paz.

Cuando el drakkar estaba llegando a la playa, saltó al agua sin previo aviso, seguido por los gritos emocionados de sus hombres, que comenzaron a seguirle. Echó un vistazo a su izquierda, para ver si el drakkar de Beothuk, su hermano, que siempre luchaba con él, había llegado. Estaba algo más lejos que el suyo, por lo que comenzó a avanzar hacia tierra, forzando al agua a abrirse a su paso, y cruzando mandobles de espada contra sus adversarios, que habían entrado en el agua a recibirle.

Jamás luchaba como una fiera rabiosa, sabía que era el mayor peligro del berserker, perder la razón. Había visto morir a demasiados que eran como él, porque cedían a la transformación. Por eso, jamás permitía que la furia dominara su brazo armado, que lo impulsara a actuar con demasiada temeridad. Combatía frío e implacable, matando un hombre tras otro. Los defensores combatían valientemente, y en medio de la matanza, pensó, fugazmente, que aquello era una lamentable pérdida de vidas y fuerzas.

Había pocos guerreros profesionales allí, seguramente serían agricultores y artesanos reclutados por una mísera paga para que lucharan en contra del rey. La mayoría luchaban con picas, azadas y cualquier cosa que habían podido encontrar.

Morían rápidamente, y su sangre alimentaba la tierra. Cada vez los vikingos avanzaban más, mientras los rebeldes caían muertos, sin poder frenar su avance.

Los gritos no cesaban, a lomos de un caballo castaño arrebatado a un hombre caído, Eric levantó su espada, y lanzó un escalofriante grito de guerra. Un rayo rasgó el cielo y comenzó a llover.

Aunque los hombres resbalaban en el lodo, la batalla no cesó. Hrolf espoléó el caballo y se dirigió hacia las puertas de la ciudadela cercana a la playa, y que debía conquistar. Sabía que lo seguían sus hombres, que habían bajado de los seis drakkar que ya estaban varados en la arena. A las puertas de la muralla que rodeaba la ciudadela, escuchaba la preparación en las almenas para acabar con ellos, impasible, ordenó que fueran al barco a buscar un ariete. A pesar de las flechas que volaban a su alrededor y el aceite caliente que les arrojaban, no

tardaron en romper los portones, entonces, los vikingos entraron en tropel en la ciudad. Estaba preparándose para galopar hasta el castillo que despuntaba sobre una pequeña colina, cuando un grito le puso los pelos de punta:

- ¡Hrolf!, ¡vuelve!, ¡es Beothuk! – Bjarni, su segundo al mando, tenía órdenes tuyas de esperar siempre a que desembarcara Beothuk, y, después, de que le cubriera las espaldas hasta que llegaran junto a él. Él, como jefe, no podía estar pendiente de su hermano en la batalla. Dio la vuelta al caballo con el corazón latiéndole en la boca, y galopó como loco para volver a la playa. Bjarni le señaló un grupo de hombres cercando a su hermano.

- ¿Por qué no le estás ayudando? – rugió, Bjarni le miró con cara triste, Hrolf se sorprendió al ver sus ojos húmedos.

- El berserker le ha poseído, fíjate, los que le rodean son nuestros hombres, ha matado a varios ya- Bjarni se limpió una lágrima traidora, que le corría por la mejilla. Hrolf no lo creía, no podía ser, él era mayor que Beothuk, no podía ocurrirle a él antes. Bajó del caballo y corrió hacia su hermano pequeño. Los hombres tenían instrucciones de, que, si la posesión ocurría, tenían que matar al poseído con la mayor rapidez y limpieza posible. Pero había dado esas órdenes pensando en él mismo, nunca en su hermano.

Corrió como un loco, pero mientras lo hacía, una flecha traicionera se había alojado en el pecho de Beothuk. Gritó lanzándose contra ellos, que abrieron filas para dejarle pasar, todos conocían el profundo cariño que sentían los hermanos entre sí. Se retiraron asustados, no sabrían qué hacer si también le ocurriera a Hrolf, siendo su líder en la batalla.

Se arrodilló ante él, su hermano le miraba, respirando ya superficialmente, la herida del pecho sangrando sin control.

- Hermano- susurró con esfuerzo- al menos estoy lúcido para despedirme de ti- apretó su mano- hacía tiempo que sentía la oscuridad avanzar en mi interior. Te esperaré en el Valhalla- cerró los ojos, volvió a abrirlos con esfuerzo para decirle- júrame...- suplicó.

- Lo que quieras- apretaba su mano con fuerza, como si con ello pudiera evitar que se fuera.

- Que harás lo que sea para no terminar así, busca a aquél jarl de Groenlandia del que oímos hablar, ve y pregúntale.

- Lo haré- aseguró.

- Júralo, si no lo cumples, que nuestros espíritus no se vuelvan a encontrar- su vida se agotaba.

- Te lo juro hermano- Beothuk, el sonriente, como era llamado entre todos los que le conocían, mostró su sonrisa por última vez y murió. Hrolf lanzó un alarido que recordó a todos los que lo escucharon, el de un lobo solitario al que le hubieran arrancado lo más querido.

Después de eso, no recordaba mucho más, solo que Bjarni se encargó de que llevaran el cadáver de su hermano al barco, y que él volvió a montar y a empuñar su espada. Aunque se sentía como si no estuviera dentro de su cuerpo, como si él también hubiera muerto.

Horas después de la victoria, llegaba el rey al campamento. Hrolf estaba sentado en la playa, bebiendo hidromiel, mientras intentaba olvidarse de todo, incluyendo el olor a sangre y muerte que había en el aire. Miraba el mar que le separaba de su tierra, donde al amanecer, arrojarían una balsa de troncos que sus hombres estaban fabricando, y que llevaría el cadáver de su hermano en su último viaje. Cuando la echaran al mar, la quemarían, para asegurar un viaje rápido al paraíso vikingo. Su hermano, el mejor hombre de los dos, había muerto. Tendría que aceptarlo, y encontrar un modo de seguir viviendo.

- ¡Al fin te encuentro! – miró al rey, pero no le apeteció levantarse, debía estar muy borracho porque le pareció bien quedarse sentado en la arena, con el pellejo de hidromiel en la mano.

- Hola Alexis- el monarca, le miró con tristeza, y, sorprendentemente, se sentó junto a él. Era un hombre rechoncho, bajito y de cuarenta años. A pesar de ser tan distintos, o precisamente por ello, se habían hecho amigos. Se acomodó junto a él y le pidió el pellejo con un gesto de la mano. Bebió un trago antes de continuar.

- Lo siento mucho Hrolf, era un buen hombre.

- Sí, lo era- su corazón sangraba, sentía un dolor extraño en él, como no lo había sentido nunca.

- Si necesitas algo...- él negó con la cabeza, ahora su decisión de volver a sus tierras para emprender su nueva vida, no parecía tener sentido. No sabía

dónde ir, ni qué hacer. Quizás debieran quemarle también en la balsa con él.

- Me ha dicho Bjarni que te hizo una petición antes de morir.

- Sí, estaba preocupado por mí, incluso mientras se moría- le miró, al rey le pareció ver una humedad sospechosa en los ojos, quizás fuera una sombra- escuchamos hace unos meses hablar de un berserker que había conseguido doblegar a la bestia, me hizo jurar que le buscaría. Nos dijeron que se había casado, que tenía hijos y que se había vuelto pacífico- inesperadamente, el rey se echó a reír al escucharle.

- No creo que le guste que le llamen pacífico- Hrolf frunció el ceño.

- ¿Le conoces? - pensaba que era una leyenda, nunca había creído lo que les contaron ese día, pero no le dijo nada a su hermano para que no se desilusionara.

- Sí, y a su familia. Todo lo que te han contado, y más, es verdad. Estás hablando de Erik de Groenlandia.

Hrolf dejó caer el pellejo en la arena asombrado, mientras escuchaba con atención la historia de Erik.



# DOS

Granja Brattahild, año 1112

Erik miraba a su alrededor satisfecho, todos parecían disfrutar. Aunque en un principio les había parecido que los cincuenta invitados no cabrían en el salón, allí estaban, todos sentados y comiendo. Y montando la algarabía que sólo los vikingos armaban en una fiesta. Sólo faltaba que su mujer, por fin, viniera a sentarse en su sitio, junto a él. Buscó con la vista por toda la sala, hasta que la localizó hablando con los padres del novio, de pie junto a la mesa donde estaban sentados. A su lado estaba su querida hija Erika, la niña de sus ojos, a la que en pocos días vería marchar de su casa. Su corazón, el que muchos pensaban que no tenía, se encogía sólo de pensarlo.

Viéndolas juntas nadie diría que eran madre e hija. Yvette, su esposa desde hacía ya veintiún años, tenía la misma figura que cuando la conoció. Ella notó su mirada y le observó, durante un momento, sonriente, dijo algunas palabras a la familia del novio, y se acercó después de acariciar con cariño la cabeza de su hija.

- Tienes cara de enfadado, estamos celebrando el compromiso de nuestra hija Eric- él negó con la cabeza, no era enfado, estaba preocupado. Ella se sentó con un suspiro, echando su trenza negra hacia atrás, mirándole atentamente con sus ojos violetas. Erik estaba mirando de nuevo a su hija, que hablaba con su novio, Siward. Yvette aprovechó para observarle, seguía siendo igual de musculoso y estaba tan erguido como siempre, a pesar de su edad. En su pelo rojo casi no había canas, y seguía llevándolo largo para complacerla, a ella siempre le había encantado. Alrededor de sus intensos ojos azules de berserker, con el tiempo, se habían formado unas finas arrugas sobre todo por la risa. Ella también las tenía, los veinte años que habían vivido juntos se habían pasado en un suspiro, entre risas, y peleas, que a los dos les encantaba terminar con una reconciliación en el dormitorio.

- ¿Dónde están los chicos? – Erik tenía el ceño fruncido, mala señal.

- Se han ido a cazar.

- Deberían estar aquí, ya les dije que no llegaran tarde- dejó de hablar al escuchar unas carcajadas en la entrada del salón. Yvette, al ver la expresión de su marido, se inclinó tocándole suavemente el antebrazo.

- Erik, por favor, estamos de celebración, piensa en Erika- él la miró, los ojos soltando chispas, pero asintió, con la mandíbula encajada. Había demasiada gente extraña en el salón, si no, nada les hubiera salvado de oír los gritos de su padre.

Los tres hermanos se sentaron en una mesa que estaba libre al fondo, riendo y charlando. Rognvald, el más tranquilo, que solía tener la nariz metida en los libros, se levantó para ir a saludarles. Se acercó a su madre a darle un beso en la mejilla, ella sonrió y le hizo un gesto para que se acercara también a su padre.

- Hola padre- ya no había manera que se dieran un beso, Yvette suspiró recordando los tiempos, cuando sus hijos eran niños todavía, y se abrazaban a su padre, sin ningún tipo de vergüenza. Ahora se saludaban como el resto de los hombres, cogiéndose fuertemente por el antebrazo.

- Hola hijo, habéis llegado tarde- Rognvald asintió.

- Sí, lo siento. He tenido un problema con Thor, Erika me ha pedido que lo sacara a dar un paseo, pero ya sabes cómo se pone, cuando le monta cualquiera que no sea ella- Erik sonrió, le hacía gracia que ese maldito caballo tirara a sus hijos cuando le intentaban montar, y sin embargo fuera como un corderito con su hija.

- ¿Te ha tirado? - se contenía para no carcajearse, pero su hijo lo aceptó sin vergüenza.

- Sí padre- se encogió de hombros- Ragnar ha tenido que salir tras él, porque el muy sinvergüenza ha salido galopando, contento de estar en el campo. Afortunadamente ha conseguido cogerle, si no, Erika nos mataría.

- Tu hermana sería incapaz de haceros nada, os quiere demasiado- sus ojos volvieron sobre su hija, que ahora estaba hablando con sus hermanos.

- Ya, realmente el que nos daba miedo eras tú, si Erika sufría por el caballo, todos sabíamos que nos arrancarías la piel- Rognvald era el más tranquilo, pero también el único de sus hijos, junto con Erika, que se atrevía a decirle a su padre la verdad a la cara.

- Es verdad, os la hubiera arrancado- Yvette le miraba burlona, todos conocían su debilidad, pero era raro que lo reconociera.

- ¿Qué os pasa?, ¿no tenéis hambre? – Erik sonrió al ver que su hija se sentaba en su lugar habitual. En su mesa junto a su madre y frente a él.

- Luego os veo- Rognvald fue a sentarse con sus hermanos, ya eran mayores y preferían no sentarse en la mesa con sus padres, así podían hablar de lo que quisieran.

Erika ofreció a sus padres el plato del pan que había traído una sirvienta. Era de estatura pequeña, como su madre, y su pelo, al igual que el de ella, era negro con reflejos azulados, los ojos, también eran violetas. Y ahí terminaba el parecido, sus rasgos no eran tan delicados como los de ella, sus ojos eran más grandes, sus altos pómulos delataban su ascendencia vikinga, así como su fuerte mandíbula, que, sin dejar de ser femenina, era más cuadrada, parecida a la de su padre.

Erik desde que nació, había sentido una conexión especial con ella, que no había sentido con ninguno de sus hijos varones. Les quería con todo su corazón, pero ella, a pesar de ser mujer, era la que tenía el carácter más parecido al suyo. Desde pequeña, puso más atención en aprender a montar, y a luchar, que cuando su madre le enseñaba a llevar la casa. Al final tuvo que aprender, cuando se hizo más mayor, pero su padre, a escondidas, siguió enseñándola a manejar la espada, el escudo y a protegerse con una daga. Aunque siempre le había gustado, más que nada, montar.

Erik llevaba varios años rechazando pretendientes que querían casarse con ella. Desde que tenía catorce años, una edad en la que las mujeres de su tierra solían casarse. Había conseguido retrasarlo hasta ahora, pero finalmente, había tenido que decidirse por uno de ellos. Su hija quería casarse, le gustaban demasiado los niños, y quería tener hijos propios.

Pero se sentía como si, como padre, la hubiera fallado, al saber que su hija no conocería la felicidad que su esposa y él habían conocido. El elegido por ella, Siward, era un hombre que no la haría feliz, y todos lo sabían. Erika le tenía cariño, pero no sentía pasión, cualquiera podía verlo. Erik pensaba que se arrepentiría de ese matrimonio en pocos meses, incluso semanas, pero había hablado varias veces con ella, y no había conseguido que anulara el compromiso.

- Hija, ¿vas a seguir yendo a la escuela? – Erika asintió, esperó a tragar un trozo de pan antes de continuar, sus ojos brillaban emocionados ante su próxima boda.

- Sí madre, al estar tan cerca, vendré todos los días. Si algún día no puedo se lo diré a Marianus, pero, de momento, quiero seguir enseñando.

Las dos ayudaban en clase al fraile que llevaba la escuela que estaba en su granja, y donde se enseñaba religión, y a leer y escribir. Erik le había cedido un trozo de terreno muy cerca de la casa grande, donde le había construido una escuela y una cabaña para que viviera. Allí se daba clase a todos los niños que quisieran venir, de momento a los hijos de los amigos, o vecinos. Les había costado mucho convencer a que dejaran venir a los niños, ya que eso significaba menos manos para ayudar en las granjas, pero Erik era muy respetado. Y gracias a él, la escuela siempre estaba llena.

Marianus era el fraile que había acogido, en su casa, a Yvette cuando había muerto su madre, y, de dónde la secuestró el hermano de Erik. De esa manera se conocieron, ahora le parecía mentira que aquél salvaje, que conoció tantos años atrás, fuera su marido.

- Madre, ¿cómo es que Marianus no ha venido? - Yvette frunció el ceño, estaba preocupada.

- Está en la cama- notó el sobresalto de su hija- no te preocupes, es sólo que ha cogido frío, pero es muy bruto, con lo mayor que es, se sigue levantando al amanecer. A pesar de que le he dicho que se venga a casa a vivir, se niega a hacerlo. Menos mal que voy todos los días a verle, sino no me hubiera enterado de su enfermedad. Si sigue peor, diga lo que diga Erik, nos lo traemos a casa.

- No te preocupes mujer, nos enterrará a todos- gruñó. El fraile era de los pocos que cuestionaban su autoridad, no le deseaba ningún mal, pero tampoco quería tenerle todo el día por allí, dándole su opinión sobre todo.

- ¿Cómo es que no estás sentada con tu prometido? - Yvette sonrió a su hija.

- Ya tendré muchos años para cenar con él. Prefiero hacerlo con vosotros- Erik asintió dándole la razón e Yvette sonrió, viendo a su marido babear con su hija.

- Hay cuatro hombres en la puerta que quieren hablar contigo- Jensen, su

segundo al mando, también estaba invitado a la cena. Se levantó extrañado, todos sus amigos y vecinos estaban en la celebración esa noche, no sabía quién podía ser.

Erik imponía más aún al levantarse, su túnica sin mangas dejaba ver sus brazos y su torso musculoso. Los pantalones de piel, ajustados, moldeaban sus fuertes piernas. Sobrepasaba algo en estatura a Jensen, que era muy alto.

- ¿Les conoces? - el otro hombre negó con la cabeza.

- No, son extranjeros, hablan nuestro idioma, pero con un acento extraño, no lo había oído nunca.

- Está bien, vamos fuera, si no son peligrosos, les invitaré a cenar. Hoy es un día de alegría- se fijó que sus hijos ya no estaban en la mesa, seguramente se habían levantado a ver quiénes eran los visitantes. Y conociendo sobre todo a su hijo Ragnar, le extrañaría que no hubiera problemas. Salieron a la entrada de la vivienda. Como se imaginaba, Ragnar estaba provocando a los extranjeros, a pesar de que Rognvald intentaba apartarlo. Estaba en la edad en la que sólo se es feliz, encontrando una buena pelea. Era demasiado joven todavía, Erik se adelantó en un par de zancadas.

- Ragnar, volved a la sala- no hizo caso, por supuesto. Se acercó más y le cogió del cuello, como un lobo adulto a un lobezno, con cariño, pero con decisión, y le apartó. Su hijo le miró enfadado, los ojos azules refulgiendo, pero Erik le mantuvo la mirada, para que viera sus propios ojos. Eso hizo que todos se fueran de allí murmurando. Cada día costaba más controlarlos. Sonrió a Jensen, que soltó un par de risas por lo bajo. Los dos sabían que Ragnar, de los chicos, era el que más se parecía a Erik. Por fin pudo dedicar toda su atención a los extraños que permanecían, extrañamente silenciosos, en la entrada.

Por su aspecto parecían recién llegados de un largo viaje, y, antes de eso, de alguna batalla. Llevaban dagas y espadas, colgando de la cintura. Calzaban botas extrañas que no recordaba haber visto antes, atadas con cuerdas de piel, desde los tobillos hasta las rodillas. Sus cuerpos estaban cubiertos por capas cortas de piel de foca, aunque tratadas de manera, que hacía que la piel fuera muy suave.

Miró a la cara del que estaba frente a él. Él Le observaba sin hablar, esperando. Era aún más grande que él, rubio, con barba, el pelo muy largo, y

ojos azules. Cuando vio sus ojos, se extrañó, era un berserker, hacía mucho que no veía uno de ellos fuera de su familia, por supuesto. Entre ellos se reconocían, alargó el brazo para el saludo entre hombres.

- Soy Erik ¿Y tú? – el desconocido pareció sorprendido de que le diera la bienvenida.

- Hrolf. Venimos a hablar contigo- señaló a sus silenciosos compañeros- Hemos oído sobre ti hace mucho tiempo, venimos de Irlanda, aunque vivimos en Vinland, al otro lado del mar- Erik asintió, se imaginaba qué querían saber. Era el único berserker que vivía con su edad, todos los demás se volvían locos y había que matarlos, o dejar que se convirtieran en asesinos sin control.

-Erik- se volvió al escuchar la voz de Yvette con el ceño fruncido, no quería que saliera con los extranjeros, sin saber si eran peligrosos. Cuando vio a su hija, todavía se enfadó más. Por ello les habló con dureza:

- ¡Volved dentro! – su hija miraba a Hrolf como si se hubiera quedado hipnotizada. Dio una zancada hacia ellas enfadado, pero Yvette ya había cogido a su hija del brazo y se la llevaba.

Hrolf mantuvo la vista en Erika hasta que desapareció, luego volvió la vista hacia él. Sus ojos, de repente, estaban llenos de vida.

- Tienes una hermosa hija- Erik a cada momento se enfadaba más.

- Está prometida- siseó. Su voz sonó ronca y amenazante, pero a aquel hombre, parecía no afectarle su tono de voz, al contrario que a los demás.

- ¿No está casada? ¿qué edad tiene? - era extraño, en su tierra, estaría casada hacía tiempo.

- Dieciséis- respondió- pero está prometida, estamos celebrando su compromiso.

- Entiendo- volvió a mirar el lugar por donde se había ido la mujer más bella que había visto nunca- pero un compromiso no es un matrimonio.

- No- sonrió al ver lo seguro de sí mismo que estaba. Él también había sido así, y más cuando conoció a su Yvette- No es lo mismo, pero se casan en unas semanas- aventuró, aunque todavía no sabían la fecha exacta.

De repente, a Erik le pareció que aquella visita era obra del destino, empezaba a desear, tener una conversación con aquél berserker a solas.

- Si queréis pasar a la casa, tenéis que desarmaros- ninguno dijo nada, Hrolf fue el primero que comenzó a dejar sus armas en un rincón en la entrada, Erik hizo una señal a Jensen para que las guardaran. Cuando todos estuvieron desarmados, les invitó a entrar.

- Venid a cenar, estáis invitados a la fiesta del compromiso de mi hija Erika- dos sirvientas avisadas por Jensen, se llevaron las armas y las capas- Sed bienvenidos a mi casa. Luego os buscarán sitio para dormir, y mañana, hablaremos- Hrolf asintió y tanto él como los demás, se lavaron las manos y la cara en el aguamanil que les trajeron dos sirvientas.

Un anfitrión estaba obligado, según las reglas de la hospitalidad vikinga, a recibir al visitante ofreciéndole un buen fuego para que se calentara, comida, agua y una toalla para asearse. Cuando todos estuvieron algo más presentables, Erik inició el camino siendo seguido por ellos.

Era también habitual que, el de más alto rango, compartiera mesa con ellos, por lo que esperaba que su hija se retirara pronto, como era su costumbre. Prefería acostarse temprano para levantarse pronto. Le dijo a Hrolf que le siguiera, después de dejar a sus compañeros en una mesa libre, la más alejada de sus hijos, no tenía ganas de tener que dar algún bofetón a Ragnar. Sus hijos ya eran demasiado mayores para castigarles así, pero su hijo a veces no atendía razones.

- Os presento a Hrolf, cenará con nosotros- Yvette y Erika asintieron con los ojos muy abiertos. No era muy habitual que hubiera visitantes extranjeros, estaban muy alejados de todo. Yvette, a quien ya había avisado Jensen, se había encargado de que tuviera comida y bebida esperándole.

- Gracias, hacía muchos días que no comíamos caliente. Os lo agradecemos – contestó serio. Las mujeres se miraron extrañadas, habían supuesto que venían del norte, pero en Groenlandia. Erik, sin embargo, había sospechado que habían venido en barco, su aspecto les delataba. El nombre le era desconocido, Vinland, no era de ese país. Erika fue la que preguntó:

- ¿De dónde venís? - él la miró unos minutos interminables antes de contestar, aquél hombre no parecía sonreír nunca.

- De Irlanda, de luchar con el rey Alexis- se volvió hacia Erik- él me confirmó que existías- luego, como si no pudiera evitarlo, volvió a mirarla a ella. No había

visto nunca, a nadie igual. En el fondo de sus ojos, parecían haberse alojado dos estrellas, y sonreía continuamente, calentando su corazón. Ninguna mujer, ni nadie, excepto quizás su hermano algunas veces, había conseguido hacer eso. Al ver cómo le miraban todos, esperando que continuara su explicación, lo hizo, a pesar de que, lo que quería, era contemplarla toda la noche – pero en realidad, procedemos de Vinland, cerca de Markland, está al otro lado del mar, a una semana de distancia – ellas le miraron asombradas. Esa tierra, era desconocida para ellos, no habían conocido a nadie que viniera, nunca, de tan lejos.

Erika bajó la vista incapaz de aguantar la mirada de aquellos hambrientos ojos, le parecía que le traspasaban el alma. Comenzó a apartar la comida del plato. Cuando volvió a mirarle, él comía, pero mirándola a ella, Erik e Yvette se miraron reconociendo la situación. La historia se repetía.

Hrolf dejó de hablar, prefería escucharla hablar y observarla. Cuando escuchó su voz por primera vez, algo dentro de él que siempre había estado gritando de agonía, se calmó. Comenzó a comer, porque su estómago pedía comida a gritos, pero lo hizo sin apartar los ojos de ella. No podía, no lo haría nunca mientras viviera.



# TRES

Erik observó durante la cena cómo se comportaba aquél hombre frente a su hija, aunque lo más llamativo era que, su charlatana hija que siempre tenía algo que decir, no abriera la boca, y, prácticamente no levantara los ojos del plato. Erik, al ver cómo se comportaban,

terminó lo antes posible de comer, y, en cuanto vio que su invitado hizo lo mismo, le invitó a acompañarle al salón de la familia. Decidió tener lo antes posible esa conversación, no esperaría al día siguiente. Hrolf se levantó, serio, y se quedó un momento, en silencio, mirando a Erika que también le miraba, totalmente ruborizada.

- Muchas gracias por la cena, ha sido un placer conoceros- Pareció esforzarse por ser educado. Yvette agradeció las palabras, ya que Erika no parecía capaz. El hombre finalmente siguió a Erik. Yvette se volvió hacia su hija, en cuanto supo que no la escucharían:

- Pero ¿qué te pasa?, estás acostumbrada a los invitados, nunca te había visto quedarte así- Su hija se encogió de hombros, mientras observaba marchar a aquél extraño. Su madre tenía razón, pero no iba a decirle que no había podido apartar la vista de él, desde que le había visto. Era como si su mirada, cuando estaba fija en ella, la calentara por dentro. Yvette le sujetó la mano, cuando miró por qué, se dio cuenta de que había estado deshaciendo, inconscientemente, su trozo de pan.

- ¿Quién es, madre? - necesitaba saber, le gustaría que ya hubiera vuelto. Entonces intentaría hablar con él y no quedarse muda y avergonzada como antes.

- No lo sé- se encogió de hombros- hasta hoy no le habíamos visto nunca- Erika volvió a mirar hacia la entrada de la sala, esperando su vuelta.

Erik le ofreció una copa de hidromiel y le invitó a sentarse frente al fuego, a su lado. Esa sala, más pequeña que la comunal donde habían estado cenando, era donde solía comer y pasar los ratos libres la familia, jugando al Halatafi,

leyendo, o simplemente charlando.

Prefería hablar con él a solas, para poder evaluarlo bien, era un buen juez y solía saber si le mentían o no, rápidamente. Hrolf bebió un poco, y le miró de frente con osadía, como él hubiera hecho en su situación con bastantes años menos.

- Hemos venido a verte, porque eres el único berserker, que sepamos, que está vivo con tu edad, y que además lleva una vida normal. En nuestro asentamiento, todos los que ha habido desde que tengo memoria, han muerto locos, o les hemos tenido que matar como a animales rabiosos- se calló, observando la copa, intentando explicar lo que le carcomía el alma - hace unos días, vi morir a mi hermano pequeño, a manos de mis propios hombres. Se había transformado, y había matado a varios de nuestros guerreros- le miró de frente- mi hermano era un hombre bueno, amable, siempre sonriente, pero me dijo que hacía tiempo que notaba avanzar la oscuridad en su interior. Yo también comienzo a sentirla - Erik veía un berserker excepcionalmente fuerte en aquél hombre.

- Siempre hemos oído que es una maldición, y que no podemos hacer nada contra ella, pero un comerciante que vino a mi granja a vender pieles de foca hace unas semanas, nos habló de ti. Se llama Gerd, nos dijo que vino con tu grupo desde Noruega, y que habías conseguido vencer a la bestia, y vivir feliz con tu familia- miró a Erik con el ceño fruncido, intentando adivinar si le diría la verdad o no.

- Poco después de la muerte de Beothuk, cuando vi al rey, me habló de ti, dijo que te conocía. Él nos dijo dónde vivías exactamente- Erik sonrió.

- Sí, nos conocemos, para ser rey, no es demasiado malo, nos hemos hecho algunos favores- Hrolf asintió y volvió a beber.

- Tenía que saber si era verdad, no solo por mí. Le juré a mi hermano, que haría todo lo posible por tener una vida normal- le miró con fiereza, esperando su respuesta, pero desconfiando, Erik conocía esa sensación. La desconfianza, hacia todos y hacia todo, era algo que acompañaba al berserker.

- Y quieres saber cuál es el secreto- vació su vaso y se lo quedó mirando con una sonrisa irónica.

- Sí, mis tres amigos también son berserkers. Decidieron acompañarme, si

existe alguna manera de dominar el espíritu que llevamos dentro, necesitamos que nos lo digas.

Volvió a observarle durante unos momentos, nadie, que no fuera su familia, sabía exactamente lo ocurrido. Por supuesto, los que le conocían de tantos años sabían lo que era y que vivía como un hombre normal, pero nada más. Sus hijos, también eran berserkers, alguno más precoz que los otros, por lo que les había explicado lo que les iba a ocurrir, y cómo combatirlo. Observó atentamente a Hrolf, tenía la mandíbula cuadrada, el pelo peinado con trenzas, y una mirada azul hielo, aunque, ahora mismo, no veía ningún signo del berserker. Finalmente, pensó cuánto hubiera agradecido, que alguien le hubiera explicado lo que tuvo que aprender por sí solo. Además de que, por sus propios motivos, se alegraba de que hubiera aparecido en este momento, en su casa.

- Eres el primero, que no es de mi familia, que me pregunta cómo lo he conseguido. Lo cierto es que, desde que dejé mis correrías para conseguir riquezas o mujeres para el asentamiento, no había vuelto a encontrar más berserkers.

- Excepto tus hijos- Erik le miró sorprendido, y se irguió en la silla. No se había dado cuenta de que lo hubiera notado. Pero asintió, sus hijos eran su orgullo, nada que procediera de ellos era motivo de vergüenza, y menos que fueran berserkers como él. Comenzó su historia:

- Hace veinte años, vine a esta tierra, y me acompañaron cien personas procedentes de Noruega. Allí, los dos últimos años, habían muerto muchos de hambre, el clima había cambiado, y los cultivos no eran suficientes para todos. Decidí dirigirme a otras tierras, y, por casualidad, descubrimos ésta. Pero la mayor parte de los que vinimos, éramos hombres, faltaban muchas mujeres, lo que hacía que tuviéramos muchos problemas entre nosotros- suspiró recordando las peleas salvajes en las que tenía que mediar, en ocasiones entre hermanos, por la misma mujer.

- Unos meses después de establecernos, decidimos hacer una incursión en Islandia, habíamos oído que había varios asentamientos allí. La mayor parte eran granjeros, no había soldados, y me habían dicho que había muchas mujeres, solteras y viudas- miró el fuego, recordando.

- Hacía tiempo, antes de salir de Noruega, que yo sentía la oscuridad ocupando poco a poco mi corazón. Seguro que sabes a qué me refiero- Hrolf, después de dudar un momento, asintió- Desde pequeño, no recordaba haber sentido cariño por nadie. Solo era capaz de sentir odio y furia, una furia tan intensa que creía, a veces, que me consumiría, y deseo por supuesto. No recuerdo ninguna otra emoción que sintiera por otro ser humano. Nunca- Hrolf asintió reconociendo sus propios sentimientos. Excepto por su hermano, nunca había sentido nada por nadie, exceptuando los sentimientos que su anfitrión había nombrado.

- Viajé con dos drakkars, íbamos veinte hombres en total, entre ellos mi hermanastro Ingvarr. Nunca nos habíamos llevado bien, pero insistió en venir desde Noruega, nunca supe por qué- Erik, recordando lo ocurrido después, torció el gesto. Volvió a mirar Hrolf, permanecía atento a cada palabra- a pesar de que le había prohibido salir del barco en Islandia, lo hizo y secuestró a una mujer. Cuando volvió la traía con él, discutimos, y me quedé con la mujer, como castigo. Ni siquiera la miré, hasta después en el camarote. Esto provocó más problemas con Ingvarr, pero yo estaba acostumbrado a tenerlos, así que no me iba a echar para atrás. Necesitaba un escarmiento.

- Cuando pude mirarla tranquilamente, a solas, sentí algo que no había sentido nunca. Era como si el berserker se hubiera tranquilizado, siempre me había parecido que estaba sufriendo, como si gritara de dolor, hasta ese momento- Hrolf sintió un escalofrío porque lo que estaba contando, era lo mismo que había sentido un rato antes en el salón- yo sentía la oscuridad cada vez más cerca, hasta que me uní completamente a ella. Era Yvette, mi esposa- como estaba mirándole fijamente, notó cómo Hrolf se estremeció al escucharle. Asintió- mi mujer estaba destinada a mí, si no la hubiera encontrado mi bestia no se hubiera calmado, y me hubiera vuelto loco como los demás.

- ¿Quieres decir, que, si te unes a una mujer, es la solución? - Erik negó con la cabeza, antes de que terminara de hablar.

- No, no cualquier mujer. Solo hay una para cada uno. Yo había tenido muchas mujeres en mi cama. Pero supe, nada más verla, que era mía por destino. Era la Única para mí.

- ¿Ella sintió lo mismo? - Erik sonrió divertido.

- No, tuve que convencerla, y a la vez controlar al berserker para que no la

asustara, pero al principio es muy difícil. Sientes una pasión inigualable, cuando van pasando los años se calma un poco, pero nunca desaparece, a pesar de la edad. Cuando llegan los hijos, es como si el círculo se cerrara.

- Comprendo. Entonces, ¿me recomiendas que, si la encuentro, la rapte como hiciste tú? - Erik le echó una mirada larga antes de contestar, valorando la pregunta.

- Primero, te recomiendo que ella esté de acuerdo, pero, si no es así, y no tienes más remedio, haz lo que sea necesario. Claro que va a depender de que tenga familia o no- le miró astutamente- ¿Por qué lo dices? ¿tienes a alguien en mente?

Hrolf se calló, sabía que no podía decir lo que pensaba, su anfitrión había sido demasiado amable, y se preguntó la razón. Tenía la sensación de que sabía lo que había sentido, nada más ver a su hija.

- Deberíamos volver a la fiesta. Ya te he dicho que estamos celebrando el compromiso de mi hija.

Hrolf se puso en pie, deseando volver a verla, seguramente lo que había sentido, era porque había estado mucho tiempo sin una mujer.

Volvieron al salón a tiempo de ver cómo se apartaban las mesas y los bancos de madera, para colocarlos pegados a las paredes, dejando un gran espacio en el centro, alrededor de la hoguera, para poder cantar y bailar. Cuando los invitados le vieron volver, Jensen a la cabeza, propusieron un brindis por el generoso anfitrión. Con lo contentos que estaban todos, seguro que ya habían brindado por los novios en varias ocasiones.

El siguiente brindis fue por un año de buenas cosechas, y por la paz. Luego, sobre todo los más jóvenes, insistieron para que comenzara el baile, Hrolf le hizo una seña a Erik, para decirle que iba a juntarse con sus amigos, él asintió sonriente y se dirigió hacia Yvette que le miraba muy seria, todavía sentada en su mesa. Al estar encima de una plataforma al final del salón, no estorbaba a los bailarines. Se sentó junto a ella, y esperó a que hablara, pero ella seguía mirando el baile, sin hacerle caso. Él frunció el ceño, hacía tiempo que su mujer no se enfadaba con él, no creía haber hecho nada, últimamente, para merecerlo. Tomó su mano y le susurró:

- ¿Qué ocurre Yvette? - ella le miró con los ojos casi negros, cuando

cambiaban a ese color, era mejor estar seguro de que tú no eras el culpable.

- Sé lo que estás tramando, y no me lo puedo creer- la miró asombrado.

- No sé a qué te refieres.

- Seguro que no- murmuró algo entre dientes, pero no alcanzó a escucharla- estoy muy disgustada contigo Erik, me iría a dormir, pero es la fiesta de nuestra hija- Erik soltó su mano, mirándola con el ceño fruncido.

- No sé qué te pasa esta noche mujer- gruñó malhumorado. Ella le echó una mirada, y miró luego a su alrededor, para estar segura de que nadie podía escucharla.

- ¡Jura, por mi vida, que no estás tramando algo con el invitado, para conseguir romper el compromiso de tu hija! - se pegó a su cara, retadora. Aunque susurraba para que, solo él la escuchara, fue como si sacara la espada y le invitara a luchar. Tuvo que morderse la lengua, para no contestarle lo primero que le vino a la cabeza. Intentó tranquilizarla.

- No sé de dónde...

- ¡Te he pedido que lo jures por mi vida!, te conozco como a mí misma, sé lo que pensaste nada más verle. No te ha gustado nunca Siward - la miró con el ceño fruncido, comenzando a enfadarse, aunque todo era verdad. Ella sabía que nunca juraría por su vida, para él era lo más precioso del mundo.

- ¡Está bien! ¡maldita sea!, pero no hemos estado tramando nada- susurró- es un berserker, y quería saber qué tenía que hacer para poder controlar a la bestia.

- ¡No se lo habrás dicho! - ella le miraba como si hubiera cometido algún delito, digno de que le juzgaran en el Ping, las reuniones para juzgar a los delincuentes.

- Claro que sí, ¡no he podido hacer otra cosa!, es una crueldad dejar que cuatro jóvenes no tengan la oportunidad de vivir en paz, que mueran todos jóvenes, como animales.

- ¿Los cuatro son berserkers? - atisbó por encima de los bailarines intentando ver a los cuatro extranjeros, pero le parecieron normales. Miró a sus propios hijos, por los que estaba sumamente preocupada, aunque todavía no habían dado signos de furia desatada.

- Sí, tuvieron que matar hace poco a su propio hermano, se volvió loco y mató a varios de sus compañeros - Yvette le miró pálida.

- Pero Erika, mi niña- se quejó sin poder continuar la frase, fruto de la emoción. Su mujer era demasiado lista, le cogió la mano, y, en esta ocasión, ella no se resistió- no le conocemos de nada, y vive tan lejos. Erik, por favor, ya está comprometida.

- Lo sé, solo te pido que le conozcamos, veamos lo que ocurre. Yo tampoco quiero que se vaya tan lejos, Pero ya sabes lo que opino de Siward, sabes que nunca será feliz. Ese hombre no es para ella, sin embargo, Hrolf y ella no han podido dejar de mirarse

- Lo sé Erik- apretó su mano, ese compromiso había provocado muchas discusiones entre los dos. Ella se había puesto a favor de su hija, y había peleado porque accediera, incluso su hija les había amenazado con fugarse si no aceptaban, aunque le hubiera destrozado el corazón. En el fondo, siempre había pensado que Erik no quería que su hijita se fuera de casa, no importaba con qué hombre, pero, era posible que se hubiera equivocado, apoyando el compromiso. Lo había pensado en cuanto vio cómo se miraban su hija y el extranjero.

- Gunnar opina lo mismo que tú- su hijo el pequeño, nunca se equivocaba al valorar a las personas. Al escucharlo, Erik asintió, se fiaba mucho del criterio de su hijo. Hizo un gesto a Jensen para que se acercara, que estaba en una mesa cercana, con su familia. Cuando estuvo a su lado, le dijo, al oído:

- Dile a Gunnar que venga, tengo que hablar con él, él solo Jensen, si te preguntan los demás, diles que es sobre unas runas- como Gunnar echaba las runas, y a ningún otro le interesaban, lo normal era que perdieran el interés.

Observó mientras, a su hija bailar con su novio. Siward siempre había sido amigo de sus hijos, jugaban todos juntos desde niños.

- Dime padre- observó a su hijo, era el más pequeño de todos, y el único de los varones moreno, y con los ojos de su madre. Era llamado el lobo, por toda la región, al parecer por su fiereza, sin embargo, no había hijo más cariñoso para su madre y su hermana que él. Y más protector para su familia.

- Me he enterado que no te gusta el compromiso de tu hermana, dime por qué- le hizo sentarse. Su hijo miró a su madre como si fuera casualmente, pero ella le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que hablara libremente. Él se

encogió de hombros, en un gesto que recordaba a Yvette.

- No lo sé, cuando les veo juntos, es como si fuera otro hermano para ella, no creo que se quieran. Se llevan muy bien, pero nada más. Quizás sea suficiente para ellos.

- Te entiendo hijo. ¿Crees que tu hermana sabe, de verdad, lo que está haciendo? - Gunnar desvió la vista hacia su hermana, todavía bailando con Siward.

- Erika es demasiado buena, él ha insistido mucho, más que ninguno de los otros pretendientes. Como sabía que vosotros no queríais que se fuera lejos, y ella tampoco quería irse, ha accedido al compromiso, pero creo que es un error- por un momento pareció indeciso sobre si continuar- creo que también, la familia de Siward le ha empujado a pedir la mano de Erika, querían emparentar con la nuestra. Un día le escuché hablar con sus padres, y me pareció que estaban más interesados ellos que él, en la boda.

Yvette y Erik tenían la misma cara de asombro ante la idea de que Erika se estuviera metiendo en la boca del lobo, por culpa de ellos. Era cierto que la granja de los padres de Siward, era una de las más cercanas, y, podría venir a verlos cuando quisiera. O ellos a ella, pero nunca se hubieran imaginado, que no había ningún sentimiento hacia su novio por su parte ni de él hacia ella. Así era como se hacían las cosas en su comunidad, pero no en su casa. Desde pequeños, les habían animado a que eligieran a sus parejas guiados por el corazón. Precisamente Erika, siempre había fantaseado con enamorarse de un hombre y casarse con él, para tener muchos hijos.

- Está bien hijo, muchas gracias por tu sinceridad, vuelve con tus hermanos- su madre le puso la mejilla, y su hijo le dio un beso, antes de volver a la mesa más escandalosa de todas.

Cuando se fue, los dos se miraron aturdidos, cogiéndose nuevamente de la mano.

- ¿Qué vamos a hacer ahora? - Erik acercó su mano a la boca, para besar su dorso, y miró fijamente al extranjero que le recordaba tanto a él de joven.

Era posible que los dioses le hubieran mandado una señal.



# CUATRO

Erika estaba cansada de bailar. Lo había hecho con Siward, con sus hermanos, y ahora lo hacía con su amiga Fionna, como cuando eran pequeñas, agarradas de la mano y dando saltos, alegres como dos cachorrillos. Era muy divertido, pero acababas agotada en un par de canciones. Su madre siempre le había dicho, que no sabía de donde sacaba la energía. Erika siempre había pensado que en eso se parecía a su padre, él tampoco se cansaba nunca, a pesar de su edad.

- Necesito descansar, me voy a la mesa, ¿te quedas? – Fionna respiraba agitadamente, la miró sonriendo y la abrazó. Siempre se habían querido mucho.

- No, voy a sentarme con mis padres. Están tristes, sobre todo mi padre. A pesar de que vaya a vivir tan cerca, le da pena que me vaya de casa- su amiga le dio un beso en la mejilla y se fue. Sorteó varias parejas, que la saludaban al pasar, intentando salir del laberinto formado por decenas de cuerpos moviéndose. En su tierra no había muchas distracciones, por eso, cuando había una fiesta todos la disfrutaban al máximo. Se topó con una pared de músculo, porque tenía la cabeza girada saludando a unos vecinos. Era el extranjero, la miraba de una manera extraña, se puso nerviosa.

- ¿Quieres bailar? - tenía una voz tan grave, que resonaba dentro de ella. Le miró fijamente, algo en él, le recordaba a su padre, aunque no se parecían en nada. Ella iba a poner una excusa, pero él le cogió de la mano, y tiró de ella para que volviera a internarse en el mar de cuerpos.

Estaba claro que lo que quería era que no les vieran desde las mesas, por lo menos a ella, ya que, por su estatura, él sí era visible. Los músicos seguían tocando y seguramente lo harían hasta el amanecer. Los invitados se retirarían cuando estuvieran demasiado cansados o borrachos para aguantar más, y buscarían un sitio, en la sala comunal, en el granero o incluso en los establos, donde dormir. Sus manos se perdieron entre las de él, entonces, no tuvo más remedio que mirarle a los ojos, y moverse, así agarrados, al compás de la música. Ante su silencio, ella se sintió obligada a hablar, su mirada la inquietaba demasiado para estar callada.

- ¿Os vais a quedar mucho tiempo? - la miró antes de contestar. Notaba su

nerviosismo, aunque no entendía por qué, le molestaba que se sintiera así, cuando él no la dañaría nunca, no podría, era imposible. Se encogió de hombros en respuesta a su pregunta, en realidad esa visita iba a durar unas horas, pero después de conocerla, no sabía qué podía pasar.

- Eres la mujer más hermosa que he visto nunca. No puedo creer que estés prometida con ese alfeñique- ella le miró indignada, se irguió en toda su estatura, aunque no era mucha, y dejó de bailar. Siward, apareció en ese momento.

- ¡Querida! – se alegró de verle, era la mejor excusa para no seguir junto a ese maleducado.

- ¡Siward que alegría! - conscientemente, no miró al gigante que permanecía observándolos, y cuya rabia le llegaba en oleadas- precisamente estaba pensando que me apetecía sentarme y beber un vaso de agua, estoy sedienta ¿Me acompañas?

- ¡Lo siento Erika!, mi madre tiene dolor en la cabeza, y hemos decidido volver a casa. Afortunadamente, estamos muy cerca- sonrió por la broma, pero esta vez a ella no le hizo gracia. Siward echó un vistazo al hombre que esperaba con los brazos cruzados y aspecto impaciente. La expresión de sus ojos hizo que palideciera, eso y que le sacaba más de una cabeza. Decidió acelerar la despedida:

- Mañana vendré a verte- le dio un beso en la mejilla y le pareció oír un gruñido. Sin mirar al hombre que lo había emitido, se fue.

- ¿Ese hombre es al que has elegido, para que te cuide y te proteja toda tu vida?

- Me parece que eso no es asunto tuyo. Pero te diré que no necesito que ningún hombre me cuide, sé hacerlo yo solita- siseó furiosa, si su padre escuchaba esa conversación le arrancarían la lengua, por atreverse a hablarla así. Estaba indignada, tenía que salir de allí- perdona, pero voy a sentarme con mis padres.

- Iré contigo.

- Prefiero que no lo hagas- como si no hubiera hablado, él la siguió hasta la mesa. Sus padres hablaban entre ellos, cuando levantaron la vista al escucharla llegar, frunció el ceño, segura de que hablaban sobre ella. Sobre todo, su madre, tenía expresión de culpable.

- Siward se ha ido con su madre, le dolía la cabeza- Se sentó junto a su madre, esperando que el extranjero se fuera. Pero su padre le invitó con un gesto a sentarse de nuevo a su lado.

- Hrolf, como habéis estado tanto tiempo viajando, me gustaría ofrecer os nuestra hospitalidad unos días. ¿Podéis quedaros? - Hrolf asintió muy serio. No entendía qué pasaba, pero aprovecharía todas las oportunidades que tuviera, para estar más tiempo con ella.

Erika miraba a sus padres incrédula. No entendía que la pusieran en esa situación, tenían que notar como la miraba. Era imposible que no se dieran cuenta.

- Madre, me voy a acostar, ¿te importaría acompañarme un momento?, quiero hablar contigo - Yvette asintió, Erik la lanzó una mirada, pero su mujer permaneció tranquila. Conocía muy bien a su hija, y haría lo que fuera necesario por su felicidad.

- Claro, vamos hija- las dos se levantaron, despidiéndose, cogiendo Yvette a Erika de la cintura para acompañarla a su habitación. Sabía que tendría que decirle la verdad, su hija no era tonta. Pero ella también tenía que ser sincera. Cuadró los hombros, ante la difícil decisión que tenían que tomar.

El dormitorio de Erika, estaba al lado del de sus padres y sus hermanos, en la otra punta de la casa, antes de la cocina y la zona de los animales. Era la zona más caliente de la casa por la noche.

Cerraron la puerta al entrar. Y su hija la enfrentó con las manos en las caderas.

- ¡Madre!, ¿qué está pasando aquí?, ¿padre le ha dicho a ese hombre tan extraño, que venga por alguna razón? ¿no me habéis dicho toda la verdad? - Yvette la observaba atentamente, conocía el carácter de Erika, pero más que enfadada, parecía asustada.

- No cariño. No sabíamos que vendrían, hasta hoy no les habíamos visto, ha sido una sorpresa. Te lo aseguro- Erika comenzó a dar vueltas por la habitación. Yvette se sentó en la cama de su hija, esperando, sabía que era el mejor método para que hablara, tener paciencia.

- Es muy raro, me mira como si me traspasara por dentro. Y ¿sabes una cosa? - bajó la voz - creo que es un berserker. Como padre y los hermanos,

porque un par de veces, hablando conmigo, he visto ese resplandor azul, ya sabes lo que te digo- Yvette asintió como si estuviera tranquila, cuando se le habían puesto los pelos de punta. Ese resplandor aparecía cuando el berserker estaba muy furioso, por ejemplo, en medio de una batalla, o, al contrario, porque estaba viviendo una emoción muy fuerte, por ejemplo, haber encontrado a su andsfrende, su compañera. Erika no sabía toda la verdad sobre esto, ya que habían intentado protegerla, ya que ella no tendría el mismo problema que sus hermanos. O eso pensaban hasta ese momento.

- ¡Y encima, ha insultado a Siward!, le ha llamado alfeñique. Madre, tú misma me has dicho un montón de veces, que no deberíamos criticar a nadie por su aspecto físico. A Marianus eso no le gustaría- todo lo moral o ético, para Erika, se medía por lo que opinaría Marianus. Yvette a veces pensaba que le quería más que a ellos. Sonrió al pensar el enfado de Erik si se lo dijera.

- Es cierto cariño, no se debe hacer- suspiró al pensar que no era más que una niña, aunque tuviera ya dieciséis años.

- Es un bruto. No sé por qué padre le ha invitado a quedarse unos días.

- Erika, hija, siéntate junto a mí- cuando lo hizo, acarició su cabello suelto- te contaré algo, cuando tu padre y yo nos conocimos...

- Sí, te secuestró, ya lo sé. - repitió como si fuera una lección que se hubiera aprendido, a lo largo de los años.

- Espera, ten paciencia. Antes de que él naciera, una hechicera profetizó lo que ocurriría en su vida. Tus hermanos lo saben, a ti todavía no te lo habíamos contado, pero creo que ha llegado el momento. Sabes que tu padre vivía en Noruega, y que su madre era una esclava, y su padre el jarl, pero era ilegítimo - su hija asintió- Lo que no te dijimos, era que cuando nació, una adivina le había profetizado a su madre que él sería distinto a los demás. Hemos estudiado, durante todos estos años muchas veces la profecía, dice así:

### *PROFECÍA DEL BERSERKER*

Y nacerá de una esclava un niño con el berserker en su interior. Será un bravo guerrero que liderará a su pueblo conquistando nuevas tierras, donde será rey.

Y su berserker, elegirá a una mujer, con el cabello como la noche y los ojos del cielo estrellado.

Y su voz será la única que él escuchará en su interior, cuando el berserker tome posesión de su cuerpo.

Y cuando, al final de sus vidas, cabalguen hacia el Valhalla, sobre su caballo de crines doradas, habrán guiado a su pueblo hacia la paz y la abundancia.

Y los hijos de sus hijos hablarán de ellos con respeto y admiración.

Y serán leyenda.

Erika la miraba con la boca abierta identificando a los protagonistas de la profecía, como sus padres.

- ¿Por qué no me lo habíais dicho?

- Queríamos protegerte cariño, no era por nada malo. Tu padre no quería poneros innecesariamente en peligro. Queríamos vivir en paz. Y ahora te lo he contado, porque tu padre y yo, hace tiempo que pensamos que todos los berserkers tienen predestinada una mujer, y solo una- Erika sintió que se le erizaba el pelo al escucharlo. Negó con la cabeza a su madre- la profecía es extensible al resto de los berserkers.

- ¡No!, ¡yo no puedo ser! ¡no lo haré! Estoy prometida a Siward- se levantó de nuevo quedándose rígida, con los puños apretados- madre, estáis equivocados.

- Escucha cariño- se levantó incapaz de soportar su expresión de miedo, y la abrazó- solo queremos que seas feliz, quiero que tú también estés de acuerdo, pero no podemos entregarte a un hombre que no te adore. No te mereces menos. Cuando faltemos los dos, queremos irnos sabiendo que vivirás lo que te quede de vida amada, como lo eres aquí, en tu casa, con tu familia ¿lo entiendes? - su hija asintió con lágrimas en los ojos.

- Pero madre, Siward me quiere, yo lo sé, lo que ocurre que no lo demuestra como nosotros. En su casa son de otra manera, no les gusta demostrar sus sentimientos.

- Ya- contestó incrédula- bueno, la que tiene que estar convencida eres tú- la miró a los ojos- te voy a pedir un favor, que mires en tu corazón y decidas si tú

también le quieres. Y si no es así, que te preguntes por qué motivo quieres unirte a él- la dio un beso en la frente para despedirse- Bueno, me voy, sino tu padre mandará a alguien a buscarme.

Salió de la habitación dejando a su hija en un mar de dudas.

Hrolf esperaba escondido en un rincón oscuro donde parecía haber otra habitación, había encontrado a Erika por el olfato, él mismo no podía creer que hubiera podido hacerlo. Su olor al bailar, se le había metido en los pulmones, y estaba seguro, de que ya nunca saldría de allí. Oía a flores, a limpio. Nunca había estado con otra mujer que oliera así. Se escondió aún más en la oscuridad, cuando vio que se abría la puerta de su habitación. La madre salió, esperó hasta que el sonido de sus pasos se perdió por el pasillo, y se adelantó para entrar en la habitación de ella. Tenía que saber.

Entró sin llamar, la pilló de espaldas a la puerta, quitándose el vestido. No pensó nada, en el siguiente minuto, estaba encima de ella, y le tapaba la boca con la mano. Utilizó un paño, se había llevado dos, que había robado en el salón, para amordazarla. Mientras lo hacía, ella le mordió la mano, pero aguantó el dolor, era un precio pequeño a cambio de lo que quería hacer. Cuando consiguió que no pudiera gritar, terminó de quitarla el vestido.

En realidad, no había planeado nada, si se dejaba llevar por su instinto, la haría suya allí mismo, pero, a pesar de todo, quería vivir. Y no dudaba que el dueño de la casa, le desollaría si le hiciera algo semejante a su hija, pero necesitaba probarla. Se conformaría con eso, tenía que besar su cuerpo y lamerlo, sentir su esencia. La tiró sobre la cama, y se colocó a horcajadas sobre ella, sujetándola por las muñecas, atándoselas juntas.

Al notar como se movía su pecho, la observó ladeando la cabeza. Con el dedo índice tocó una de las lágrimas que caían por su mejilla, y la llevó a su boca. Estaba salada. Entre sus gentes, no lloraban nunca. Aullaban, gritaban, mordían y se pegaban, pero no lloraban. No le gustaba que lo hiciera, parecía sufrir.

- No llores, no te voy a hacer daño- intentó tranquilizarla, ella pareció sorprenderse al escucharle. Quería besarla, pero no podía quitarle la mordaza - te va a gustar, ya lo verás- por alguna razón, eso la hizo llorar todavía más.

- No, por favor - a pesar de estar amordazada la entendía, aunque no podía hablar claramente.

Le molestó la sensación que inundaba su pecho, al verla llorar.

- Estate quieta- la sujetó las muñecas con una mano, y comenzó a acariciar su cuerpo. Erika gemía llorando, nadie, que ella recordara, ni siquiera la había visto nunca desnuda. Al ver que se seguía resistiendo, siguiendo su instinto intentó marcarla, y le mordió el hombro con fuerza. Finalmente, consiguió que se quedara quieta. Él bajó de nuevo la cabeza y le lamió la marca, hasta que ella no sintió dolor, solo un hormigueo que corría desde su hombro hasta su vientre.

Él levantó la cabeza para mirarla. Sus ojos lanzaban destellos eléctricos azules. Ella gimió de miedo, conocía la furia del berserker. Él frunció el ceño, no le gustaba que estuviera asustada. Le acarició los pechos repetidamente, con suavidad, se había dado cuenta de que era una mujer de piel delicada, casi frágil, muy distinta a las que acostumbraba a tener en su cama.

- Me muero por besar tus labios, pero hay otros sitios- bajó besando la barbilla hacia su cuello, donde siguió dando ligeros mordiscos. Volvió a lamer la señal en su hombro. La miró de nuevo, parecía aterrada- tranquila, te gustará.

Era una mujer pequeña. Acarició sus esbeltos brazos y piernas. Su mano se dirigió a su entrepierna y acarició sus rizos relamiéndose, al pensar en su sabor.

- ¡No!, ¡no! – gemía bajo la mordaza, retorciéndose como loca debajo de él.

- ¡Estate quieta! – rugió, la penetró con el dedo índice. Estaba seca, ella volvió la cara para no verle, mientras seguía llorando. Él, a la vez que metía y sacaba el dedo de su sexo, tomó un pezón entre sus labios, sorbiéndolo con fuerza. Por primera vez, ella gimió de placer. Increíblemente, la observó, entonces notó, que su dedo se llenaba de humedad.

- ¿Te gusta que te chupen las tetas? - ella le miró ruborizada. La sonrió, emocionado por haber encontrado algo que la gustara. Repitió el tratamiento con el otro pecho, sin dejar de meter y sacar su dedo, no podía dejar de penetrarla. Ella se arqueó en la cama un poco, no mucho, ya que no podía levantar el peso de él, a la vez que gemía con los ojos cerrados. Él sonrió. Y separó sus piernas para poder colocarse más cómodo.

- Estoy deseando beber de ti- ella abrió los ojos asustada, no le entendía.

- Tranquila, no te dolerá, al contrario- separó sus muslos con firmeza, y agachó la cabeza mirándola a los ojos, quería que ella le viera hacerlo.

Sentía una excitación como no había sentido en su vida. Comenzó a chupar con su lengua toda la raja, de arriba abajo, lo hizo durante un rato, hasta que ella comenzó a mover las caderas. Luego, sorbió el clítoris, lo que provocó que ella casi gritara, y siguió haciéndolo, mientras le metía un par de dedos, hasta que ella voló sola en una nube de placer.

La observó sentado sobre sus pies, a pesar de que su polla estaba más dura que nunca. Se sentía como si hubiera conseguido una gran victoria, solo por haber hecho que se corriera. Se tumbó sobre ella con cuidado, pero esta vez ella no se asustó. Le quitó la mordaza de la boca, para besarla, ella no dijo nada, tenía cerrados los ojos, pero no le correspondió.

- Debes chupar mi lengua- le miró asombrada, no sabía qué hacer. Su prometido nunca se había atrevido a darle un beso, respetaba demasiado a su padre, o le temía más bien. No sabía que el sexo sería así de emocionante, a pesar de lo que, a escondidas, había escuchado a veces a sus hermanos. Pensaba que solo el hombre lo pasaba bien.

En cualquier caso, nunca, en su vida, se había sentido como cuando la había chupado ahí abajo. Por éso le hizo caso y chupó su lengua, tímidamente al principio, con más pasión después. Él tomó su cabeza con las manos, para dirigirla a su boca, acariciando mientras sus mejillas. Era preciosa. La miró luego, durante unos largos segundos. No podía estar mucho más tiempo allí, no quería tenerla solo un momento, sino toda su vida. Le desató las muñecas, frotándolas para que no le dolieran y volvió a besar su boca con pasión. Luego, frotó de nuevo sus pechos, sin poder evitarlo.

- Debo irme- ella le miró somnolienta- nos veremos mañana- volvió a besarla- Adiós *liten min*.

Se levantó, y, después de colocarse el pantalón, para estar algo más cómodo, ya que casi no podía andar, salió de allí dejándola desnuda, y totalmente satisfecha. Ella le siguió con la mirada hasta que desapareció. No gritó en ningún momento.



# CINCO

Erika se levantó temprano, y salió huyendo a los establos, necesitaba montar para poder pensar con claridad. Su padre la había llevado con él, a lomos de su caballo desde que era un bebé, hasta que ella pudo empezar a hacerlo sola, y era lo único que hacía que se sintiera libre del todo, y que le ayudaba a pensar.

Thor se alegró de verla, como siempre. Lo ensilló deprisa, y le sacó de los establos, ya que no llegaba al estribo ella sola. Fuera, había un tocón, que le servía para montar a los caballos que eran muy altos. Estaba a punto de hacerlo, cuando la sujetaron por el brazo. Se giró asustada, por si era su padre, ya que la había prohibido montar sola, desde que la tiró un caballo tres años atrás. Fue la única vez que la había regañado seriamente, ella le contestó que había sido mala suerte, el caballo se había hecho daño al correr, y se encabritó, pero su padre era tan testarudo como ella. Por lo que decidió seguir montando a escondidas, sola, de vez en cuando.

- ¿Qué estás haciendo? – Hrolf la miraba como si se hubiera vuelto loca.

- ¡Ah!, eres tú, suéltame- su traicionero corazón se aceleró al verle - voy a montar, me haces daño, suelta el brazo- él frunció el ceño, pero no le hizo caso. Miró el caballo y luego a ella.

- Tu familia no te cuida como es debido, si te dejan montar en ese caballo, es demasiado grande para ti.

- Eso no es asunto tuyo, ¡déjame te digo! - el ceño de él se ensombreció todavía más, y tiró de ella separándola del caballo, sin hacer caso de sus forcejeos.

- No vas a montar en ese caballo tú sola- ella sintió las lágrimas acudir a sus ojos, no quería llorar, pero estaba demasiado confusa. Odiaba hacerlo, le parecía un recurso de mujeres débiles. ¡Por Dios!, ¡ella estaba acostumbrada a pegarse con sus hermanos, a montar a caballo e ir de caza con ellos! Se limpió las lágrimas a manotazos con la mano libre.

Desde lo ocurrido la noche anterior, su cabeza era un caos, no era la misma de siempre, además, había dormido poco y cuando lo había hecho, había soñado

con él. El hombre que tenía delante, el que le habían mandado los dioses para castigarla.

- ¿Por qué lloras? - parecía sorprendido, volvió a tocar una de sus lágrimas con un dedo.

- Déjame montar, por favor Hrolf- suplicó, tenía que salir de allí, se sentía asfixiada de repente. Él se sintió indeciso, por primera vez en su vida deseaba acceder a los deseos de otra persona, pero su instinto protectorle decía que no podía dejarla sola.

- Está bien, pero iré contigo- ella asintió pensando, que mientras él iba a por su caballo, se escaparía galopando, y ya no podría alcanzarla.

Pero Hrolf no pensaba dejarla sola. Se había quedado a dormir en los establos con sus hombres. La había escuchado llegar y preparar el caballo y había dejado que lo hiciera, extrañado, decidido a intervenir más tarde.

Cogiéndola de la cintura, sin previo aviso y sin ningún esfuerzo, la subió a la silla, y manteniendo él las riendas, y agarrándose a las crines, se impulsó y subió de un salto detrás.

- Hrolf, quiero ir sola, lo hago desde que era una niña- miró hacia atrás y vio como los ojos del vikingo brillaban de contento, solo por tener su cuerpo junto a él.

- En algunas cosas, todavía eres una niña- ella se enfurruñó al escucharle. Hrolf, sin hacerle caso, rodeó su cintura con sus fuertes brazos, para poder llevar al caballo y le espoleó para que avanzara. Ella se agarraba como podía a las crines del animal.

- Apóyate en mí- la atrajo hacia sí y ella le dejó hacerlo, si no se caería. Cuando se apoyó en su pecho, él la rodeó con todo su cuerpo, lo que hizo que se sintiera muy segura.

De repente, él hizo cabalgar el caballo, y ella notó el viento enfriar sus mejillas, a pesar de que ya estaban en verano. Su pelo atrapado entre su espalda y el pecho de él, quería salir volando, pero no podía. Cerró los ojos disfrutando de la sensación del caballo galopando, y de la fortaleza de esos fuertes brazos a su alrededor. Se sentía extrañamente protegida, quizás su madre tuviera razón con respecto a Siward...aunque prefería no pensarlo. Se limitó a disfrutar de la sensación de cabalgar, más veloz de lo que ella había ido nunca, y más segura

también. Parecía que el cuerpo de él, de repente, se hubiera transformado en su escudo protector.

Hrolf, al ver el bosque que crecía a los lados del río, a la izquierda del camino, fue frenando al caballo, hasta que le hizo trotar suavemente.

- ¿Damos un paseo? – le miró, fue un error, porque sus ojos la transmitieron un hambre feroz. Estaba claro que no quería pasear.

- Mejor volvamos a casa- él soltó las riendas, y la cogió por la cintura, levantándola y girándola en el aire. Ella dio un pequeño grito algo asustada, hasta que se dio cuenta de que pretendía que estuviera frente a él.

Hrolf, una vez que la hubo sentado mirándole, cogió las piernas de Erika, y las enlazó en torno a él. Ella forcejeó, se sentía tratada como un perrito, él no le preguntaba nunca nada, hacía lo que quería con ella.

- ¡Hrolf!, ¡déjame! - comenzó a mover las piernas para bajar del caballo. Si era necesario, se iría andando a casa. Él volvió a colocar sus piernas cruzadas por los tobillos tras él, y cogiendo sus muñecas, las sujetó tras la espalda de ella, con su mano izquierda. Mientras, con la derecha, le sujetó la mandíbula, para besar su boca. Ella mantuvo los dientes apretados dispuesta a no dejarle pasar. Esta vez no.

- Abre- ordenó, ella negó con la cabeza, el ceño fruncido. Era muy testaruda, digna hija de su padre.

- No lo haré. No tienes derecho- se lo dijo, intuyendo que le haría daño.

- ¿Eso crees? - sonrió con maldad, metiendo la mano bajo su camisa. Comenzó a tocar un pecho, sin dejar de mirarla. Tiró fuerte del pezón, ella se mordió los labios, pero no dijo nada. Tenía las manos calientes, y callosas, le raspaban, y precisamente por eso, el placer era mayor. Luego pasó al otro pecho, Erika se sintió obligada a nombrar a su prometido.

- Hrolf, déjame, te aconsejo que me devuelvas a casa, no diré nada a mi novio ni a mi padre, si me llevas ahora- él alzó la mirada interesado.

- ¿Por qué no se lo dices a tu novio?, estoy dispuesto a que lo resolvamos en un holmgang. ¿Vamos a buscarle? - ella le miró enfadada. Por supuesto, una lucha cuerpo a cuerpo era lo que él quería. Siempre vencía el más fuerte, y no había ninguna duda de que Siward no tenía nada que hacer.

- Eres un bruto- siseó desesperada. Antes de terminar de hablar, ya tenía su boca cubierta por la de él, su lengua dentro, recorriendo todo el paladar y los dientes. Intentaba que ella respondiera, acariciándole la cintura y la espalda.

- Bésame- se separó de nuevo para mirarla, parecía enfadado porque no lo hiciera. La alegró saber que, por lo menos era capaz de enfadarle, así los dos estarían iguales. Volvió a atacar su boca, cada vez con más ímpetu, como si fuera un ejército que intentara conquistar una fortaleza. Ella se concentró en no reaccionar, dándose cuenta de que era la mejor estrategia.

Unos minutos después, él llevó la mano bajo la falda de ella, intentando meter la mano en su sexo. Ella, viendo que se iba a repetir lo del día anterior, se tiró del caballo para salir corriendo. Pero su pie se enganchó en la pierna de él, lo que hizo que se quedara colgando boca abajo un instante, y, finalmente, que su cabeza golpeará contra el suelo. Sintió un dolor muy grande, y se mareó, desmayándose momentos después.

Hrolf se bajó de un salto del caballo por el otro lado, después de desenganchar con cuidado el pie de Erika. Al verla pálida en el suelo, sintió miedo por primera vez en su vida. Ahora entendía lo que le había dicho Erik, que no había tenido sentimientos por nadie, hasta que conoció a su mujer.

Se arrodilló a su lado, y movió con cuidado su cabeza para ver la herida, se había dado un golpe contra una roca. Tenía una brecha por la que sangraba mucho. Colocó el oído sobre su corazón, latía, gracias a los dioses. La cogió con cuidado en brazos, y subió al caballo, siguió desmayada todo el camino, hasta llegar a la casa.

Erik se había levantado temprano, había dormido mal. Su mujer le había echado de la cama, pidiéndole que la dejara descansar un poco. Como no podía dormir, se había dedicado a su actividad favorita, hacer el amor con ella. Rio por lo bajo, al recordar cómo ésta le pedía que la dejara dormir, al menos un rato. Apiadándose de ella, bajó a la sala común a desayunar, y pasar un rato tranquilo, hasta que se levantaran los invitados y comenzaran a irse a sus casas. Por eso le extrañó escuchar un relincho de caballo en la entrada, y salió a ver. Cuando entró el extranjero con su hija en brazos, su corazón se saltó varios latidos. Afortunadamente, ella tenía los ojos abiertos, a pesar de tener sangre en la cara.

- ¡Padre! - al verle la cara, se preocupó, debía tener un aspecto terrible, para que su fuerte padre se pusiera pálido- no te preocupes por favor, es que me he caído del caballo, nada más- notó cómo los brazos de Hrolf, se ponían tensos, seguramente esperando que le traicionara.

- ¡Hija mía! - la cogió de los brazos del hombre, más tarde preguntaría qué había ocurrido. Dudó un momento- ¿te llevo a tu habitación y llamo a tu madre?

- ¡No, por favor!, vamos a la cocina, allí hay lo necesario para limpiarme la herida, y tenemos el ungüento de Helga para las heridas. Si luego me duele la cabeza, me acostaré- Hrolf seguía tras ellos con el ceño fruncido, sentía los brazos vacíos sin ella. Aunque la llevara su padre, no le parecía correcto, la debería llevar él, y conseguir que se curara también.

Erik la sentó en una silla cerca del hogar, y salió a por agua al río con un cubo. Era más rápido ir él, que despertar un sirviente para que lo hiciera. Y su mujer siempre cogía agua limpia para las heridas.

Hrolf se acuclilló junto a ella para mirarla a los ojos, ella miró hacia el fuego, no quería hablar con él. Ahora no, y tal vez nunca. Pero él le volvió el rostro hacia él.

- ¿Te duele mucho? - ella negó con la cabeza, aunque estaba muy pálida. Además, con la mitad de la cara cubierta de sangre, el aspecto era terrible.

- No consentiré que te vuelvas a poner en peligro de esta manera, necesito que estés segura- ella le miró como si estuviera loco.

Quizás lo estaba, pero necesitaba saberla segura, si eso suponía no dejarla montar, lo haría. Alguien tendría que controlarla. Su padre, evidentemente, la permitía demasiada libertad.

- ¡Vaya cara que tienes! Te recuerdo que me he caído por tu culpa - él la miró con expresión de estar mordiéndose la lengua

Erik volvió antes de que siguieran discutiendo, su padre debió notar algo, porque les miró a los dos, antes de acuclillarse ante ella.

- ¿Seguro que no quieres que llame a tu madre?, ella tiene la mano mucho más delicada que yo- le daba miedo hacerle daño, no recordaba haber curado nunca a nadie.

- No, por favor, solo tienes que lavar la herida, inclinaré la cabeza para que

lo hagas, y asegúrate que se va toda la tierra- él asintió. Hrolf les miraba con los brazos cruzados, tenía ganas de quitarle al padre el cubo de agua, y ocuparse él.

Erik siguió sus indicaciones, luego la secó, lo más cuidadosamente que pudo, y le puso el ungüento. Erika tenía la cabeza y el cuello algo dolorido, pero se daba cuenta de que había tenido mucha suerte. Se podía haber matado.

Después, aunque Erik quería llevarla en brazos a la sala, quiso ir andando, y se sentaron todos alrededor de la mesa.

- Hrolf, me gustaría hablar un momento contigo, salgamos fuera- el hombre asintió, él también quería hablar con el padre.

Salieron los dos, Erika se quedó sorprendida por ello, volvieron minutos después, con Hrolf limpiándose la ropa y tocándose la cara, mientras su padre se frotaba los nudillos satisfecho.

- ¡Padre!, ¿le has pegado? - su padre la miró furioso. Antes no lo había demostrado, porque lo primero era curar su herida, pero estaba muy enfadado con ella.

- Sí, y ahora vamos a hablar tú y yo. Muchacho, sal de aquí, tengo que hablar con mi hija- Erika se sintió a punto de llorar, se reprimió respirando hondo. Su padre nunca le había hablado con tanta dureza.

- No- Erik le miró indignado, pero el otro hombre se cruzó de brazos, y se apoyó en la pared- me quedo, si le haces daño, aunque seas su padre, te las verás conmigo.

- ¡Fuera! - se dirigió hacia él, dispuesto ya a darle una paliza, pero la única voz capaz de frenarlo, lo hizo.

- ¡Erik! - Yvette se había vestido, incapaz de volver a dormir. Afortunadamente había bajado a tiempo- ¿Qué pasa aquí? - observó a su hija que parecía a punto de llorar, se acercó a ella mirando a su marido y al extranjero duramente.

Erika al ver a su madre, respiró hondo, conocía su carácter. Si pensaba que alguien la había hecho daño, a su manera, podía ser tan dura como su padre. Pero no quería que discutieran entre ellos, eran las dos personas a las que más quería en el mundo. Su vista se desvió hacia Hrolf, quien parecía a punto de estallar. Aquello iba a ser un desastre, su madre se sentó junto a ella, enseguida vio la brecha.

- ¡Dios mío! - su madre, al igual que ella eran cristianas, influidas por Marianus. Por supuesto, su padre seguía creyendo en los dioses vikingos. Sus hermanos, dependía del día, utilizaban uno u otros según más les conviniera.

Yvette se levantó para ver bien la herida, tenía el pelo empapado. Al menos se la habían limpiado, miró a Erik, responsabilizándole de todo.

- ¿Cómo es que no me has llamado? - Erik se encogió de hombros, a él no le asustaba con esas miradas. De hecho, le ponía bastante caliente que le mirara enfadada.

- La niña no quería, ha preferido que se lo limpiara yo- se enorgulleció. Había sido la primera vez que había curado a su hija, y creía haberlo hecho bastante bien.

- Hay que cambiarte de ropa, tienes ese lado empapado- Erika negó con la cabeza, no quería salir de allí. Cualquiera sabía lo que podía ocurrir si se iba.

- Madre, por favor, solo tráeme una toalla para que me ponga bajo el pelo.

- ¿Te traigo una infusión de corteza de sauce? - asintió, le vendría muy bien para el dolor, pero, sobre todo, quería que se fuera unos minutos de allí, para hablar con ellos.

- Ahora mismo vengo, ni se os ocurra hablar de nada sin mí- avisó Yvette.

En cuanto salió, Erika se encaró con su padre.

- Padre- él la miró. Seguía enfadado- dime ahora lo que quieras, prefiero no disgustar a madre- él asintió, estaba de acuerdo. Se acercó, hasta sentarse en una silla frente a ella:

- ¿Qué ha ocurrido esta mañana? ¿Cómo te has hecho esa herida? Ella se mordió los labios preocupada, su padre no solía admitir demasiado bien que le desobedeciera, sobre todo, si con ello ponía en riesgo su seguridad.

- Me fui con Thor a dar una vuelta- su padre apretó visiblemente los dientes, era lo que se había imaginado.

- ¡Cuántas veces te he dicho que no montes sola! – gritó, inclinándose hacia ella, parecía a punto de pegarla, a pesar de que ella sabía que era incapaz de hacerlo. Erika se mordió los labios, su padre nunca le levantaba la voz. Se sentía dolida y avergonzada sobre todo, porque tenía razón.

Esperó el siguiente grito, pero, de repente, su padre desapareció de su

vista, empujado por el cuerpo de Hrolf. Se levantó al verlos rodar por el suelo, pegándose como si fueran los peores enemigos.

- ¡No!, por favor- gritó levantándose- ¡Noooo! - se dirigió hacia ellos para separarles, pero seguían rodando por el suelo. Su padre acababa de dar un cabezazo en la nariz a Hrolf, que le había hecho soltar un chorro de sangre. Entonces, el extranjero consiguió golpear con el puño cerrado en su pómulo, lo que hizo que se echara hacia atrás, y así se lo quitó de encima.

Entonces, los dos sintieron cómo les caía encima un chorro de agua helada, que logró que se calmaran. Yvette estaba de pie, con el cubo vacío entre las manos, mirándoles y echando chispas por los ojos.

Erika, dos pasos por detrás de su madre, les miraba abochornada, sabiendo que todo era culpa suya. Se fue a su habitación castigada por ella misma. No saldría nunca más de allí.



## SEIS

Yvette pensó muchas cosas a la vez, pero se impuso el sentido práctico que había tenido que desarrollar, viviendo con un duro vikingo y criando a sus cuatro hijos. Aunque su corazón le impulsaba a seguir a su hija, se quedó allí, porque no se fiaba de dejar a aquellos dos hombres solos, sin que se liaran a golpes.

- Sentaros, iré a por lo necesario para curaros, ¡vamos!, - miró a su marido y esperó a que se sentaran, lo suficientemente lejos el uno del otro- Erik, si vuelvo y se repite lo de antes, te juro que Erika y yo nos iremos a pasar unos meses a Irlanda con la familia de Marianus, y no sé cuándo volveremos- Erik palideció al escucharla, la creía muy capaz de cumplir su amenaza, y lo que era peor, allí estaban deseando que volviera.

Habían ido las dos hacía un par de años, y se habían quedado tres meses. Él casi se había vuelto loco, sin embargo, ellas, había venido mejor que nunca, porque las habían tratado como a dos reinas. Acostumbrada al trabajo duro de la granja, en el castillo donde vivía la familia de Marianus, no habían tenido que hacer prácticamente nada. Asintió enfurruñado a su mujer, para que viera que había entendido la amenaza. Era un vikingo, y no le temía a nada, excepto a que su mujer no estuviera con él, y ella lo sabía.

El tiempo que estuvo trasteando en la cocina, Hrolf se removió en la silla inquieto. No entendía que esa mujer le curara, cuando no tenía nada grave. Ya le habían roto la nariz en otras ocasiones, le habría parecido más normal que le ordenaran irse de aquellas tierras. Esa familia era muy rara. Incluso el padre, estando la mujer delante, al cruzarse en una ocasión sus miradas, se había encogido de hombros, como diciendo, estas mujeres, son así, qué le vamos a hacer.

Yvette volvió enseguida con una bandeja con varios tarros, paños limpios, y un cuenco con algo que humeaba. Empezó con su marido. Le limpió la sangre seca, y se tranquilizó al ver que no seguía sangrando. Cuando terminó le dijo.

- Ya estás, ahora voy a curarle a él- Erik la miró mal, como debía hacer, y decidió irse para no verlo. Normalmente hubiera tenido una pelea tremenda con su mujer, por tocar a otro hombre, o se hubiera liado a golpes con él. Debido a su amenaza, decidió ir a ver a su hija, lo que estaba deseando hacer desde hacía

rato. No podía soportar recordar que la había gritado, y cómo le había mirado ella.

- Voy a ver a la niña- Yvette asintió, no dijo nada, conocía muy bien a su marido. No podía ver a sufrir a su hija, era más blando que ella con Erika, siempre lo había sido.

Estaba sentada en la cama mirando el suelo, no levantó la vista cuando él entró, solo le hizo sitio para que se sentara a su lado, sin mirarle. Se le partió el corazón, se sentó a su lado, sin decir nada, y la abrazó contra él, ¡cuántas veces lo había hecho en el pasado, cuando se había sentido triste o asustada por algo!, quizás dentro de poco no podría hacerlo. La estrechó, dejándola llorar en silencio.

Yvette le hizo un gesto para que se sentara dónde estaba antes Erik. Sentado, impresionaba más lo grande que era, por un momento pensó lo indefensa que estaría su hija ante esa fuerza, pero sabía, por propia experiencia, que, si era su compañera, jamás le haría ningún daño. Le limpió la nariz, luego le puso un ungüento, hizo lo mismo con su ojo derecho. Parecía que se había golpeado contra una roca, pero no le extrañó, conocía la fuerza de su marido. Aunque fuera diez años mayor que ese hombre al que estaba curando. En cuanto terminó, él intentó levantarse, pero le puso la mano en el antebrazo, haciéndole un gesto para que se sentara, y él lo hizo.

- Quiero hablar contigo Hrolf- él la miró algo alarmado, estaba seguro de que le gustaría menos hablar con ella, que pelearse con Erik. Ella se sentó frente a él.

- Dime qué ha ocurrido esta mañana- él la miró a los ojos, pero no contestó.

- Imagino que tú subiste con ella al caballo, para que no se cayera- él asintió con los labios pegados. Ella sonreía interiormente, pensando que los jóvenes siempre pensaban que lo habían inventado todo.

- Bien, ¿y cómo es que se cayó al final? ¿Ibais demasiado deprisa o perdiste el control del caballo? – él parecía indignado, porque ella creyera que podía perder el control de un caballo.

- No, paramos un momento, estábamos cerca del bosque.

- Entiendo, entonces, ¿me puedes explicar cómo es posible que mi hija, que estaba rodeada por tus brazos, imagino, ya que estabais en el mismo caballo, se

cayera de cabeza dándose contra una roca? - él se quedó mudo, sin querer contestar, evidentemente. Yvette le sonrió esperando.

Esperó unos minutos, y luego unos pocos más, hasta que se le acabó la paciencia.

- Ya veo que no vas a contestar. Te diré lo que creo que ocurrió, que paraste el caballo, porque querías hacer algo, con lo que mi hija no estaba de acuerdo, entonces usaste tu fuerza con ella, forcejeasteis, y se cayó. Solo tienes a tu favor, que la trajeras a casa rápidamente, por todo lo demás, yo te echaría de aquí para que no volvieras nunca.

- ¡Mujer! - Erik estaba muy enfadado, nunca se debía faltar de ese modo a la hospitalidad, a menos que la falta fuera terrible. Su hija, que venía con él más tranquila, sabía que iba a ocurrir lo que más tristeza le daba en el mundo, que sus padres discutieran.

- Madre, en parte fue culpa mía- su madre la miró de pie, erguida y furiosa. Aún con su pequeña estatura, era impresionante. La preguntó con la mirada.

- Yo sabía lo que él quería hacer, ayer...bueno, me dejó claras sus intenciones, y accedí a montar con él en el caballo- no les decía toda la verdad, pero si hasta donde podía.

- ¿Le has provocado tú? - su madre no lo podía creer, pero tenía que saber la verdad.

Hrolf no podía quedarse callado, viendo cómo echaban la culpa a su andsfrende, de algo que solo él era culpable.

- Ella me provoca sólo con existir, pero si quieres decir, que ella se me ha insinuado de alguna forma, no, ella me ha rechazado desde el primer momento. Solo aceptó que yo la llevara en el caballo, para protegerla- Hrolf a pesar de todo, parecía defenderla. Erik le miraba con aprobación, hasta Yvette comenzó a hacerlo. Erika, sin darse cuenta del cambio de actitud de sus padres, se tranquilizó:

- Entonces, podemos hacer como que no ha ocurrido nada ¿no es verdad? - los otros tres la miraron como si fuera una niña inocente, pero asintieron. Sabían que pronto habría que tomar decisiones, pero de momento dejarían que fuera feliz.

- Bien, entonces voy a visitar a Marianus.

- Te acompaño- Hrolf dio un paso hacia ella antes de que pudiera protestar. Ella miró a sus padres, que se habían quedado curiosamente callados, y salió a la calle seguida por Hrolf.

Pasaron unos segundos, antes de que Yvette se decidiera a hablar.

- Esto cambia las cosas- susurró pensativa.

- Sí- se acercó a ella, contento al ver lo rápido que su mujer perdonaba, como siempre- ¿qué opinas?

- No sé, ha sido todo tan rápido, pero creo que...- dudó un momento- estoy de acuerdo contigo. Erika parece que brilla cuando está junto a él, y él solo está pendiente de ella, además, tenías razón, la protege como un lobo a su manada.

- Ella hace lo mismo, si vieras lo que decía en la habitación, “él no tiene culpa de nada, ha sido culpa mía...”- imitó a su hija- me estaba volviendo loco- miró a su mujer, pero ella le ocultaba la cara. Le levantó la barbilla con cariño, estaba llorando. Erika se justificó:

- Está demasiado lejos, con Siward estaría al lado, la veríamos todos los días.

- Pero no sería feliz, tú lo sabes, hemos sido muy egoístas consintiendo ese noviazgo. Tú me hiciste prometer, que dejaríamos que todos se casaran, cuando encontraran a su alma gemela.

- Sí, pero es mi niña- se abrazó a él llorando.

- Siempre lo será, pero también es una mujer *min elskede*- la besó la coronilla, abrazándola fuertemente contra él- iremos a verla a menudo, y me aseguraré de que ellos vengan- Ella levantó la cara, y él aprovechó la oportunidad para darle un beso apasionado.

- No deberías haber venido Hrolf, mis padres se van a hacer una idea equivocada. Estoy prometida a Siward, y me voy a casar con él, no debes acompañarme a ningún sitio- le pareció que había sido convincente, había estado practicándolo en su habitación.

- Pelearemos por ti, es lo justo, debes darme la oportunidad de hacerlo, los dioses decidirán quién te merece más- parecía tan decidido, y tan serio, ella le

miraba de reojo.

Habían llegado a la cabaña de Marianus, pero antes de entrar, le contestó:

- Creo que los dioses tendrían poco que ver en eso. Si no fueras tan fuerte y tuvieras tanto músculo, seguramente no tendrías tantas ganas de pelear con él- Hrolf rio a carcajadas al escucharla, ella se enfadó consigo misma al darse cuenta de que, sin quererlo, había alabado su cuerpo. Entró seguida por sus risotadas, le dio con la puerta en las narices cerrando con fuerza, pero él volvió a abrirla y la siguió.

- ¡Marianus! – miró hacia la izquierda, en la sala donde enseñaban a los niños varias veces por semana, pero no había nadie. Siguió hacia su habitación preocupada, el gigante iba pegado a ella. Se dio la vuelta, porque sentía su aliento en la nuca:

- ¡Sepárate un poco, por lo menos! – él frunció el ceño para que le viera, pero en cuanto se dio la vuelta, sonrió pensando que ya parecía una esposa gruñona. Le gustaba como trataba Yvette a Erik, y le parecía que ella sería igual con él. Solo tenía que conseguir que le aceptara.

Ante otra puerta cerrada, llamó y cuando se escuchó una voz de hombre que le dijo que pasara, lo hizo.

- Marianus, buenos días ¿cómo te encuentras? - era un dormitorio. En la cama había un hombre muy viejo, flaco, con el pelo blanco, y que estaba leyendo un libro enorme. Estaba sentado en la cama, vestido con lo que parecía un camisón blanco. Erika se acercó a él y le dio un beso en la mejilla, luego se sentó en el borde de la cama. Marianus señaló al desconocido cuya cabeza casi rozaba el techo de su cabaña,

- ¿Quién eres?

- Hrolf- le miró asombrado, nunca había visto un hombre tan viejo. En su tierra morían todos, mucho antes de tener el pelo de ese color, generalmente por las guerras, o las peleas entre ellos. Observó cómo les miraba a los dos, y le hizo una señal para que se acercara.

- Acércate muchacho, no veo nada de lejos, tendrás que ponerte mucho más cerca, para que te vea bien la cara. Niña, deja que se siente en la cama, para que pueda verle- ella se levantó advirtiendo a Hrolf con la mirada. Si le molestaba de cualquier manera, le arrancarían el pelo de la barba uno a uno.

Hrolf se sentó en la cama, que estaba sobre una tarima de madera, y que chirrió al sentir su peso. El viejo le miró entrecerrando los ojillos llenos de arrugas, y se inclinó hacia él:

- ¡Ah!, ya veo, eres como el marido de mi Yvette- volvió a apoyarse en la pared, y miró a Erika- no entiendo, creía que te ibas a casar con Siward- parecía sorprendido.

- Y me voy a casar con él- afirmó, más para escucharse a sí misma que por convencimiento.

- No, no lo haré- ya estaba harto, si tenía que raptarla lo haría, pero no consentiría que se casara con otro.

- No le hagas caso Marianus, lo haré, me casaré con Siward- levantó la voz sin darse cuenta, porque le parecía que nadie la tomaba en serio. Desde que había aparecido ese hombre en su vida, todo había cambiado. Iría a ver a Siward, seguro que volvería más convencida de que hacía lo correcto - Marianus, ¿te han traído el desayuno?

- Si, hija no te preocupes- ella asintió y volvió a darle un beso en la mejilla.

- Me voy, luego volveré a verte- Hrolf se levantó tras ella, pero la mano del anciano le frenó por un momento, aunque esperó a que ella se fuera antes de hablarle.

- Si le haces algo malo, que Dios me perdone, pero me ocuparé de que lo pagues. Aparte de eso, que Dios te bendiga.

Hrolf salió de allí sin entender absolutamente nada de lo que le había dicho. Aceleró el paso para alcanzar a su mujer, no consentiría que fuera a visitar al otro hombre ella sola.

Erika entró en el salón para hablar con sus padres, estaban sentados desayunando, sus hermanos también estaban junto a ellos. Ella se paró frunciendo el ceño al verlos, había algo extraño en el ambiente, normalmente sus hermanos estarían discutiendo entre ellos, volviendo locos a sus padres, sin embargo, estaban más callados que un muerto. Entró frunciendo el ceño. Ninguno dijo nada sobre el hecho de que Hrolf viniera tras ella.

- ¡Qué bien hija!, sentaros, no habéis desayunado, hay para todos- su

madre señaló dos asientos libres junto a ellos. Rognvald, Ragnar y Gunnar, estaban comiendo tranquilamente, hablando de dónde irían a cazar esa mañana. Como si el día anterior Ragnar no hubiera intentado pegarse con Hrolf. Allí pasaba algo. Estaba tan extrañada, que se sentó mirando alrededor, con el ceño fruncido, decidida a descubrir lo que ocurría.

- Por cierto, he mandado a Seren a casa de Siward, para que vengan, él y toda su familia a comer hoy- su padre lo dijo como si no tuviera importancia, pero ella miró a su madre extrañada, Yvette la miró sonriente, como si no hubiera nada que ocultar. ¿Qué estaba pasando allí?

De repente, todos estaban en silencio, esperando su reacción, sin comer, ella les miró a todos:

- Pero ¿qué os pasa? - sus hermanos volvieron a comer, obligados por la mirada de su padre, que les prometía unas palabritas más tarde por no hacer lo que les había dicho. Esto era, que no debían molestar al extranjero, y nada de las bromitas habituales, ni de las discusiones entre ellos en la comida. Pero como era de suponer, se les habían quedado mirando curiosos.

-Nada hija- la madre intentó sonreír- a tu padre y a mí nos ha parecido bien invitarlos, y que pasemos una tarde agradable las dos familias.

Erika puso los ojos en blanco.

Hrolf, que había comenzado a desayunar en cuanto se había sentado, seguía haciéndolo sin intentar entender a esa familia, ya se había dado cuenta de que era imposible hacerlo. Aceptaría las cosas como vinieran, siguió comiendo, indiferente a lo que se hablaba a su alrededor.

En su interior sentía una exigencia cada vez más fuerte, que tendría que escuchar tarde o temprano, y que provocaba la mujer que estaba sentada frente a él, sin saberlo. Y esa exigencia era que no podía abandonar aquella casa sin ella.

# SIETE

Siward y sus padres, llegaron a la granja puntualmente, Hrolf observó al novio con los ojos entrecerrados, valorando a su rival. Iba perfectamente vestido para la ocasión, con una camisa, sobre camisa, pantalones y capa a juego, ésta recogida sobre su hombro izquierdo con un broche de oro. Toda su ropa era de colores vistosos, a Hrolf le recordaba un gallo en el gallinero.

Él vestía siempre con colores mucho más oscuros, y con sencillez. Siward, al llegar, cogió la mano de Erika delicadamente, y le dio un beso en el dorso. Hrolf gruñó al verlo, en ese momento recibió una palmada en la espalda, se volvió hacia el que quería quedarse sin mano, era Bjarni. El único de sus amigos, que se atrevía a gastarle esas bromas. Le miró con cara de enfado, y siguió vigilando a aquel cuervo que graznaba cerca de su compañera.

- ¿Qué vas a hacer?, ¿te vas a quedar esperando de brazos cruzados, a que se la lleve otro? - la noche anterior, ya les había explicado a todos, lo que creía Erik. Que si un berserker encontraba a su elegida, podía cambiar su destino, y tener la vida de un hombre normal. La actitud de todos, después de saberlo, era distinta, habían llegado aquí medio derrotados, después de la muerte de Beothuk, y ahora todos tenían esperanza. Miró de nuevo a su amigo. Al contrario que él, era muy apuesto, además de ser el hombre más simpático que conocía. Bjarni siempre se llevaba a todas las mujeres.

- Estoy imaginándome lo que disfrutaría, separándole los brazos y las piernas del cuerpo- Bjarni compuso un gesto de dolor, al imaginárselo él también. Hrolf había hablado con la voz del berserker, cada vez era más corriente escucharla. Y los dos sabían lo que eso significaba.

- Amigo, tienes que decidirte, no puedes seguir tras ella como un cachorro sin hogar. Así no te respetará nunca, ni ella, ni sus padres.

- Lo sé- asintió- he tomado una decisión, nos vamos esta noche, cuando todos se vayan a dormir. Buscaré una excusa para que salga, quizás que se ha puesto malo el monje, y entonces, la amordazo y me la llevo a los establos, tendréis que tener los caballos preparados- su amigo asintió- ¿Cuento con vosotros? - Bjarni le ofreció su brazo, se cogieron cada uno del antebrazo del otro, y asintiendo Bjarni dijo:



- Hasta la muerte, lo sabes.

- Bien, ve a decírselo a Leif y Thorvald- Bjarni desapareció sin hacer ruido. Él siguió mirándola, apoyado en la pared de la entrada, en la sombra. Desde allí no podían verle. Pero ella levantó la mirada de la cena y miró hacia él. No podía verle, estaba seguro, pero por algún motivo, se le borró la risa de la cara.

- ¿Qué estás haciendo muchacho? – se volvió hacia su anfitrión, un minuto antes estaba sentado a la mesa junto a su mujer, ni le había visto levantarse.

- Solo miraba- se justificó

- Haces más que eso- por un segundo, Erik dejó ver el azul del berserker en sus ojos, pero Hrolf no se iba a asustar, y contestó con la misma mirada y un gruñido.

- Ya veo que tienes ganas de pelea- siguieron mirándose a los ojos, sin hablar, parados de pie, con los cuerpos en tensión.

- No quiero pelear contigo, ella no me lo perdonaría- Erik sonrió al escucharle.

- Por primera vez dices algo con sentido. Comienzas a conocernos, esta no es una familia normal, como las que forman los de nuestra raza. Nuestra familia está unida por un fuerte vínculo de cariño. Mis hijos, al igual que nosotros dos, también adoran a su hermana. No saben nada de lo que está ocurriendo, porque no os dejarían en paz. Solamente les he ordenado que se comporten y no te provoquen.

- ¿Por qué eres tan amable conmigo?, ella tiene prometido- señaló hacia el pájaro emplumado, al que le encantaba ser el centro de atención.

- Puede que, porque tú estás aquí, a oscuras, mirándola como si fuera el aire que necesitas para respirar, y él la mira como si fuera un trofeo. Y mi hija no es un trofeo para nadie, vale mucho más que tú y que yo- miró hacia Erika un momento antes de continuar- Y, porque la conozco, sé que con él no será feliz- volvió la mirada ardiente del berserker hacia él- su madre y yo lo hemos hablado. Tendrás que raptarla, ella no va a aceptar irse contigo, por lo menos de momento, es demasiado cabezota- sonrió travieso- sé lo que digo, ha salido a mí- Hrolf no fue capaz de contestar, se había quedado petrificado. Y no le pasaba nunca.

- Me parece mentira que te esté diciendo esto, pero lo único que quiero en la vida, antes de morir, es que mis hijos sean felices, bueno, y yo también, claro-

bromeó, aunque Hrolf fue consciente, en ese momento, del profundo amor que tenía que sentir hacia su hija, para decirle aquello.

Hrolf le miró asombrado, asintió serio y alargó indeciso su brazo para saludar a aquél hombre tan sorprendente. Se saludaron con respeto, conscientes de la importancia de lo que se estaba decidiendo en aquella conversación.

- Prefiero no saber los detalles, solo otra cosa, trátala bien, si no lo haces, te descuartizaré y te echaré como comida a las alimañas. Y asegúrate que la haces feliz, en unas semanas iremos a veros- unas horas antes le había pedido que le explicara, con un mapa, donde vivía- Mi hija ha sido criada con amor, es fuerte, pero no consentiré que no lo reciba por parte de su compañero- parecía que se iba a ir, pero, después de pensarlo unos momentos dijo- ¡ah!, su madre quiere que te lleves lo que hay en el arcón de su habitación, dice que todo será más fácil para ella si tiene algunas de sus cosas- Hrolf asintió de nuevo y le siguió con la mirada cuando se fue. Durante unos segundos dudó si no lo habría soñado todo.

Erik volvió junto a su mujer y se bebió un cuerno de hidromiel sin respirar. Ella se irguió en el asiento y observó a su hija. Parecía apagada, cuando no la veía nadie, buscaba con la mirada al extranjero.

- Ya está, despídete de ella esta noche- Yvette también le dio un sorbo al hidromiel, aunque no solía hacerlo. Asintió triste y cogió la mano de su marido.

- ¿Por qué la vida es tan dolorosa? - él la sonrió, limpiándole la lágrima que caía de uno de sus hermosos ojos.

Sus padres habían estado especialmente cariñosos esa noche, se acostó sobre la cama entre risitas, ya que había bebido hidromiel, algo que no solía hacer. Pero es que se había sentido rara durante la cena, excitada, sabía que él la había estado mirando toda la noche. Sentía su mirada sobre su piel calentándola por dentro. Siward, como era habitual en él, no se había dado cuenta de nada. No había sido consciente hasta ese momento, o no le había importado, de cuánto le gustaba ser el centro de atención. Se habían sentado con sus amigos, y él había estado hablando constantemente de él, de su ropa, de su casa, ella no había abierto la boca.

Estiró los brazos sobre la cabeza, no se había quitado la ropa todavía,

bostezó mientras se preguntaba si Siward la querría. Nunca se lo había preguntado, había accedido al casamiento, pensando más que nada en sus padres, en no separarse de ellos. Les quería demasiado, no podría irse de allí ni en mil años. Al día siguiente tenía muchas cosas que decidir, Siward le había dicho que quería que pusiera un día para la boda, el día de la cosecha podría ser un buen día. Cerró los ojos sonriendo, imaginando su boda, en pleno verano, con sus padres. Frunció el ceño, el novio no parecía Siward, era demasiado alto, y sus ojos tenían ese azul hipnótico... no, aquél no era Siward.

Hrolf, hizo una seña a sus tres amigos, que fingían estar borrachos como la mayoría de los que estaban en el salón, y que, en ese momento, salieron corriendo hacia los establos. Tenían que ensillar a los caballos, y recoger sus armas, los víveres y el agua que habían escondido. Se deslizó por los pasillos, con un sigilo impropio de un hombre de su tamaño, y fue hasta su habitación. Abrió la puerta con cuidado, pero estaba dormida encima de la cama, todavía vestida. Los Dioses le favorecían hasta ese momento. Buscó en la habitación, hasta ver el arcón, lo abrió, y llenó con su contenido el saco que había llevado, había unos vestidos, un cepillo para el pelo y un espejo. No le parecía que aquello fuera tan necesario, pero haría caso a su madre. Dejó el saco en la entrada, y la amordazó sin despertarla, cuando estaba atándole las muñecas, abrió los ojos y comenzó a gemir. No le hizo caso, y se la echó al hombro, cogió el saco y salió de la habitación cerrando la puerta. Cuando hubo salido de la casa, corrió todo lo que pudo, en los establos estaba todo preparado. Le pasó a Bjarni el saco con su ropa, y a ella la sentó en su caballo, montándose detrás. Sus amigos y él se entendían sin hablar, así que salieron al galope de allí, sin haber dicho una palabra. Era de noche, pero el camino estaba alumbrado por la luna llena.

Erik e Yvette, agarrados de la mano, observaron el rapto de su hija desde la puerta de su casa. Yvette, cuando les vio desaparecer, comenzó a sollozar. Erik, la cogió en brazos y la llevó a la cama, sintiendo lo mismo que su mujer. Su hijita se había ido lejos, solo podían esperar haber tomado la mejor decisión. En unas semanas, irían a verla, pero en ese tiempo podían pasar muchas cosas.

Erika no podía creer lo que le estaba pasando, ella que siempre había vivido

con su familia, donde sabía que todos la querían, de repente estaba rodeada de enemigos e iba hacia a algún lugar desconocido. Hrolf la había sentado en el caballo lo más cómoda posible, pero se negaba a apoyarse en él. Estaba tan enfadada y asustada, que estaba segura de que no le volvería a hablar nunca. Él insistía en empujarla hacia su pecho, pero ella se resistía y se echaba hacia delante,

- ¡Apóyate en mí Erika! - gruñó furioso, la contestación de ella se perdió tras la mordaza. Aprovechó que el caballo iba al trote, ya que ya estaban llegando a la cala donde estaba su barco, y desató los nudos con una mano y con los dientes, para no soltar su cintura, ni las riendas del caballo.

Cuando la soltó, ella se volvió y pudo verle la cara, la tela le había dejado unas marcas rojas y feas a los lados de la boca y le miraba con odio. Él sintió una opresión en el pecho al verlo, no podía soportar que le odiara.

- ¡Devuélveme a mi casa, Hrolf! - él frunció el ceño al darse cuenta, de que iba a ser difícil conseguir que ella aceptara su nueva vida.

- No, a partir de ahora, aquella ya no es tu casa, vamos apóyate en mí- la empujó hacia él, pero ella se revolvió gritando. Comenzó a aullar de tal manera que Bjarni, que iba tras él se adelantó poniendo su caballo a la par del suyo.

- ¿Necesitas ayuda Hrolf? ¿quieres que la lleve yo? - sonrió a Erika, consiguiendo que el Berserker rugiera furioso, solo por pensar que otro hombre pudiera tocarla.

- ¡No!, ¡ocúpate de tus asuntos! - ella seguía gritando, llamando a sus padres. Iban a llegar al pueblo donde estaba amarrado el barco, por lo que volvió a ponerle la mordaza. Ella se resistió contra él, pero le apretó más la cintura, para asegurarse de que no se cayera, entonces ella se calló, al notar que le faltaba algo la respiración.

Llegaron al barco pocos minutos después. Sus hombres se adelantaron a devolver los caballos a los establos. Afortunadamente no se cruzaron con nadie, por lo que no hubo quien se sorprendiera al ver a un vikingo enorme como él, arrastrando una chica amordazada y con las manos atadas. Así la llevó al barco. Al ver que insistía en intentar escapar, hasta en tres ocasiones, la sentó en el arcón que había tras el timón, atándola para que no se pudiera levantar. Por lo menos durante un rato no podía seguir sujetándola, tenía que ayudar para salir a

alta mar. Siempre llevaba él el timón, por lo menos las primeras horas.

Ella ni siquiera le miró, mantenía la vista fija en la dirección donde estaba su casa, sin dejar de llorar, él la cogió por la barbilla para que le mirara:

- Cuanto antes te hagas a la idea de que tu vida está conmigo, todo será más fácil para los dos- seguía amordazada, no le quitaría la mordaza hasta estar en alta mar. Se dio la vuelta, al escuchar a sus hombres que volvían. Les ordenó, con más brusquedad de la habitual, que comenzaran su trabajo preparando el barco para salir. Unos minutos después, estaban en marcha. Volvían a casa.

Cuando anocheció, dejó el timón a Leif, era el mejor timonel, aparte de él. Ella se había dormido poco antes, la había escuchado llorar, gimiendo como un animal herido hasta que se durmió agotada. Él había endurecido su corazón. Su supervivencia y la de sus hermanos, dependían de que fuera firme, y no se dejara ablandar por unas lágrimas. La desató, y le quitó la mordaza observando algo asustado, las marcas provocadas por la tela en la boca. La desató y miró sus muñecas, estaban despellejadas, gruñó enfadado por la excesiva delicadeza de su piel. Bajó con ella al único dormitorio que había bajo cubierta, el resto era almacén. Ella no se despertó, debía estar agotada, era lo mejor que podía pasar ahora mismo. La dejó en el camastro y subió a hablar con Bjarni,

- Necesito que me des el ungüento para heridas- el hombre, que estaba sentado en el arcón, en el que hasta hace un momento había estado ella, le miró sorprendido.

- Hrolf, ¿le has hecho algo?

- No, tiene rasguños en la piel, está despellejada por las cuerdas, y en la cara por la mordaza. Es muy blanda- gruñó enfadado. Bjarni le miró con prevención y asintió. Conocía a su amigo, y cuando estaba así, era mejor no llevarle la contraria. Se levantó y abrió el arcón y sacó el frasco que le pedía.

- Si es tan delicada, ten cuidado con ella- no pudo evitar decírselo, Hrolf le devolvió una mirada asesina, de un azul profundo, y volvió al camarote.

Cuando entró, le sorprendió no verla tumbada, estaba de pie en un rincón de la habitación, había descubierto el cofre que había junto a la mesa, donde guardaba sus cosas. Entre ellas, un puñal que ahora tenía en su mano derecha y con el que le amenazaba.

- Quiero que hagas volver al barco, déjame en el puerto y vete, yo me iré a

mi casa- Hrolf sintió un gran calor por dentro, el berserker estaba tomando el control de su cuerpo, luchó porque no lo hiciera, no podía dejar que la dañara. Pero la furia, al pensar que ella quería abandonarle, era demasiado grande. La sonrió con maldad y la contestó con otra voz que no era la suya:

- Tu casa está donde yo esté, nunca me dejarás- ella le miró fijamente, asustada. A pesar de que su padre era un berserker, al igual que sus hermanos, nunca les había visto así. Tenía miedo.

Él se enfureció más al verla asustada, lo que hizo que el berserker incrementara su poder sobre él. Se fue acercando a ella despacio, sin dejar de sonreír.

- ¡No te acerques más! - alargó el brazo donde tenía la daga, que comenzó a temblar por el miedo. Hrolf se seguía acercando aun sonriendo, pero no era una sonrisa divertida. Cuando estuvo casi al alcance de su brazo, se paró, frente a ella.

- ¿Quieres matarme? - ella negó con la cabeza, con las lágrimas en los ojos.

- Nunca había llorado tanto como desde que te conozco. ¡Por favor, devuélveme con mis padres! - sollozó desesperada. Él dio un salto y le cogió las manos, ella forcejeó, y él, decidido a quitársela, cogió la daga por el filo, por lo que se cortó la palma de la mano. Ella al notar que le había herido, dejó caer el puñal al suelo, llevándose las manos a la boca.

- Tendrías que haber sujetado mejor el puñal, nunca volverás a tener otra oportunidad como esta- juró, dolido porque hubiera querido herirle, más que por la herida en sí. Echó un vistazo a su mano que chorreaba sangre, y, luego, con la mirada más fiera que nunca, cogió el cuello del vestido de ella con las dos manos, y lo desgarró hasta la cintura.

Los pechos de Erika saltaron libres, él la cogió por la cintura, y la levantó para poder acercar uno de ellos hasta su boca, lo lamió y mordisqueó el pezón hasta que se cansó de hacerlo, y siguió con el otro. La llevó a la mesa, donde la sentó, colocándose entre sus piernas. La empujó hasta hacerla tumbarse, ella se sentía como hipnotizada por sus ojos, saltaban chispas de luz, miró su mano, seguía sangrando, pero no parecía importarle. Terminó de quitarle los restos del vestido y la camisola, dejándola desnuda. Ella se tapó como pudo con las manos. Estaba asustada y avergonzada.

- ¡No! - le prohibió quitándole las manos- ¡no te cubras! - al ver que no le hacía caso, volvió a atarle las manos. Ella no dijo nada, se prometió que no lloraría. No se deshonraría más, ni a su familia, haciéndolo. Le miró de frente.

- Bésame- ella volvió la cara para no hacerlo, no le besaría más, prefería morir. Él siguió insistiendo, sujetando su cara, pero ella se negó a abrir los labios, él, enfadado, la mordió en ellos. Cuando la miró, vio que le había hecho un poco de sangre en el labio y lo lamió. La besó de nuevo, pero ella volvió a apartar la cara.

Él, entonces, bajó por su cuerpo, para separar los rizos de su coño y beber de ella.

Erika no podía consentir que él la hiciera sentir como la última vez, le parecía una humillación. Se concentró en los campos de su casa, en lo que sentía cuando montaba a caballo, en los abrazos de su familia, pero llegó un momento, que las demandas de su cuerpo eran demasiado grandes. Volvió a la realidad para sentir como él sorbia su clítoris, mientras metía y sacaba dos dedos de su coño.

- ¡Quiero que te corras en mi boca! - siguió bebiendo hasta que ella sintió, en contra de su voluntad, que volvía a tocar el cielo, sus caderas se movían inconscientemente. Él se separó de ella chupándose los dedos, la echó otra mirada malvada.

- Ahora serás mía para siempre.

Ella abrió los ojos completamente al verlo desnudarse, cuando observó su pene, enhiesto, y que a ella le pareció enorme, comenzó a ponerse colorada y miró hacia otro sitio, provocando que él riera a carcajadas. Entonces la llevó al camastro tumbándose encima de ella. Con las piernas empujó sus muslos para abrirlos al máximo, mientras la observaba con pasión. Ella dejó de mirarle, no podía soportar la mirada de sus ojos, la traspasaban.

- ¡Mírame, maldita sea! - pero ella no lo hizo, él enfadado, la cogió de la mandíbula, e intentó besarla de nuevo, pero ella no le dejó. El berserker estaba cada vez más nervioso, tomó su pene con la mano, y lo acercó a la entrada de su coño. Metió solo la punta, forzándose a no hacerlo todo de una vez, era demasiado estrecha, necesitaba prepararla, para que se excitara más. Ella intentaba mantenerse alejada, pero no lo consentiría. Recordando cuánto le

gustaba que le chupara los pechos, volvió a hacerlo, sorbiendo los pezones, tirando de ellos casi hasta el dolor. Ella le miró abriendo la boca, mientras chupaba uno de ellos, con los dedos tiró del otro, lo que hizo que ella ya no pudiera aguantar el gemido de placer. Cerró los ojos y, entonces, él se impulsó dentro de ella.

Se quedó en aquella cueva húmeda quieto, mientras la besaba por toda la cara. Ella no parecía sufrir por su intrusión, le pareció extraño, sabía que las mujeres, la primera vez sentían dolor, pero ella no parecía sentirlo. Seguía con los ojos cerrados, pero ahora una pequeña sonrisa adornaba su cara.

Salió de ella con un movimiento de caderas, y, con otro, volvió a entrar, ella posó sus manitas a sus hombros, como si tuviera que sujetarse a algún sitio para no caer. Hrolf no pudo evitar ir cada vez más deprisa, necesitaba llenarla con su líquido de vida. Ella era suya, y siempre lo sería, no importaba lo que creyera ella ni nadie. También él era de ella.

Cuando se descargó en su coño, era como si por fin hubiera llegado a casa, nunca había tenido un hogar de verdad, hasta ella. Se tumbó en la cama boca arriba, atrayéndola hacia él, pegándola a su costado. Quería que estuviera junto a su piel. Necesitaba escuchar su corazón. La miró, ella miraba la pared que tenía enfrente.

Ninguno de los dos habló, pero él necesitaba descansar. Afianzó su brazo en torno a su cintura, para que no pudiera escapar y cerró los ojos durmiéndose al instante.



# OCHO

Las jornadas transcurrían deprisa. Cuando se levantaba, Hrolf le hacía estar en cubierta un par de horas, para tomar el aire. A pesar de todo, tenía mala cara, estaba muy pálida. Ella sabía por qué, no comía nada. Lo que comían los demás, carne y pescado en salazón, no conseguía retenerlo en el estómago. Le daban arcadas solo al olerlo, así que prácticamente estaba viviendo de agua. Ninguno de ellos parecía haberse dado cuenta, tres veces al día, Hrolf comía junto a ella un trozo de pescado o de carne y le daba a ella otro. Erika aparentaba masticarlo hasta que, él se levantaba para ayudar en el barco. Ella, después, guardaba todos los trozos en el arcón, bajo las ropas de él.

Llevaban ya cuatro días de viaje, y por lo que les había oído hablar, quedaban otros dos, ya que el viento estaba siendo muy favorable, y tardarían un día menos de lo esperado.

Bjarni era el más agradable de todos los que viajaban en el barco con ella. Cuando la veía paseando o sentada en el banco, siempre se acercaba a saludar, a pesar de que Hrolf siempre le llamaba, o le regañaba directamente, porque no quería verle cerca de Erika.

Por las noches, prácticamente no la dejaba dormir, era incansable, la buscaba todas las noches tres y cuatro veces. Ella dormía por la mañana hasta el mediodía, agotada. Entre las noches y la falta de alimento, estaba siempre cansada.

Se acababa de levantar, y se había lavado con el agua de la palangana, Hrolf se encargaba de bajarle todos los días una jarra de agua limpia. Ya vestida, había subido y se había sentado en el banco detrás de Hrolf, observando sus espaldas. Él le había dirigido una mirada larga cuando había subido, y luego había seguido con el timón. Bjarni, ajeno a la mirada de su amigo, se acercó a ella, observando su rostro.

- ¡Buenos días hermosa Erika! - ignoró el gruñido de Hrolf- ¿cómo te encuentras esta mañana?

- Bien, gracias- susurró, en realidad se sentía bastante débil. Decidió irse al

camarote de nuevo. Sentía ganas de vomitar, como si hubiera comido y le hubiera sentado mal- creo que voy a bajar otra vez- se levantó con esfuerzo, Hrolf se volvió hacia ella con el ceño fruncido, escuchaba la debilidad en su voz. Ella rio por lo bajo, como si estuviera borracha, todo se movía ante ella, como si bailase. Entonces, se desmayó.

La bajó en brazos al camarote, en ese momento, al cargarla en sus brazos de nuevo, fue consciente de que estaba más delgada. Todas las noches la hacía suya en la cama sin descanso, intentando marcar su alma para que supiera que le pertenecía, pero en esos momentos, el berserker le poseía casi totalmente y no veía nada más allá de su instinto animal. Pero ahora, preocupado por el desmayo, fue consciente de la delicadeza y fragilidad de su cuerpo. La tumbó en el camastro, Bjarni había bajado con él, y merodeaba por la habitación,

- Tiene muchas ojeras, ¿no te has fijado?, y está muy blanca, además juraría que está más delgada. ¿Está comiendo bien Hrolf? - iba a asentir, cuando se dio cuenta de que no la había visto, en realidad, comerse un trozo de carne, ni de pescado entero.

- No lo sé- gruñó furioso consigo mismo- pero no sé qué iba a hacer con la comida, si la hubiera tirado por la borda, alguno la habríamos visto hacerlo. Miró a su alrededor, y su vista cayó sobre el saco donde estaba su ropa, lo vació sobre la cama. Allí sólo había ropa. Bjarni le llamó y levantó la vista, estaba arrodillado frente al arcón abierto. En el fondo estaba todo lo que no había comido durante cinco días. Su corazón se encogió al pensar que podría morir, eso no podía ocurrir. Fue hacia la cama, y se arrodilló ante ella, frotándole las manos con las suyas, llamándola. Escuchó su corazón, latía, si no, el suyo dejaría de hacerlo.

- Debe estar muy débil- Bjarni parecía preocupado. Estaba pensando que, viendo los ojos de su amigo, si algo le pasara a ella, no podrían rescatarle de la locura.

- Bjarni, despliega las velas totalmente, y remad si el viento no es suficiente, quiero llegar lo antes posible a casa. Tendrá que atenderla Gida.

- ¿Estás seguro? – Hrolf le miró con los ojos ya totalmente fluorescentes

- ¿Qué quieres decir?

- No hay que ser muy listo para saber cómo reaccionará Gida, cuando vea a Erika, tendremos suerte si no la asesina.

- La mentiré, diré que es una esclava hija de un enemigo. Cuando se cure, le diré la verdad, que es mi compañera.

- ¿Serás capaz de seguir acostándote con ella estando allí Erika?, porque ya sabes que Gida no admitirá otra cosa.

- Lo sé- miró a la joven y frágil mujer que, en tan pocos días, se había transformado en su vida- sería capaz de cualquier cosa por ella. Tocó su frente, estaba fría, tomó sus manos entre las suyas para calentarlas- haré lo que haga falta para que se recupere. Bjarni le miró compasivo, su amigo no era consciente del peligro en el que iba a poner a aquella joven por la que suspiraba.

Dejaron el barco en la playa de su granja y subieron el camino que llevaba a los campos. Iban todos en silencio, Erika se había despertado un par de veces, y solo había bebido agua. Hrolf andaba casi corriendo, hasta que llegaron a la casa grande. Algunos sirvientes les rodeaban mirando a Erika, eso hizo que él se revolviara:

- ¿No tenéis nada que hacer? - le parecía que estaba perdiendo la razón. Desde que se había desmayado, él no había sido capaz de comer ni de dormir. Entró en la casa, Gida venía corriendo por el largo pasillo, pero dejó de hacerlo cuando vio que llevaba otra mujer en brazos. Se paró frente a él, desconfiada, puso las manos en las caderas, dispuesta a montar un escándalo:

- ¿Quién es esa niña? - Hrolf no la contestó, sabía que su intención era insultarla. A pesar de que, Gida medía prácticamente lo mismo que él, y Erika era mucho más pequeña, se veía que era una mujer.

- Es una esclava, espero cobrar un rescate por ella, así que nadie la puede castigar, excepto yo, ¿de acuerdo? - conocía la crueldad de Gida, la miró a los ojos y ella asintió lamiéndose los labios. Algo dentro de él se retorció al pensar en acostarse con ella, como si sintiera asco. Pero haría lo que fuera, porque ella se pusiera bien.

- Necesito que la atiendas, lleva varios días sin comer, está muy débil.

- No te preocupes, haré que se ponga buena, para que puedas mandarla de vuelta a su familia, y ganes mucho dinero. Vamos, la llevaremos a la habitación de las esclavas.

Él la siguió, apretando a la muchacha contra sí, intentando hacerse a la idea

de que dormirían separados. La acostó en un jergón de paja en el suelo, en la habitación de las esclavas, e intentó quedarse allí, pero Gida le dijo que le estorbaba, así que se fue a los campos a ver cómo había ido todo por allí, mientras él había faltado.

Dio una vuelta por la granja y habló con los sirvientes. Sus compañeros de viaje ya se habían ido a sus casas, todos ellos tenían sus propias granjas que atender. Bjarni antes de irse le había vuelto a decir que tuviera cuidado con Gida.

Volvió a la habitación a verla. Gida intentaba que tomara un caldo, pero ella, medio dormida se negaba. Le había volcado la mitad del líquido sobre el pecho.

- ¡Gida! ¿qué haces? - la morena se volvió, asustada

- Estoy dándole el caldo, pero es muy rebelde- Erika estaba despierta, le miró con aspecto de estar aterrorizada. Se arrodilló junto a las dos. Gida había derramado todo el caldo.

- Vete a por otra taza, yo se lo daré- la miró furioso.

- Pero...- parecía no querer que él lo hiciera

- ¡Obedece!, llévalo a mi habitación- llevó a Erika a su cama, estaba helada. Encendió el fuego, la chimenea estaba apagada porque era verano, aunque refrescaba de noche.

- Hrolf- susurró, corrió hacia ella. Le decía algo, pero no la entendía, no tenía casi fuerzas, se agachó para escucharla mejor

- Habla Erika, dime- susurró con el oído pegado a su boca.

- No la dejes conmigo, por favor, quiere matarme. Si quieres que muera, mátame rápidamente.

- ¿Qué dices? - Gida entraba en la habitación con otro cuenco. Hrolf la miró con sospecha y alargó la mano.

- Dámelo- lo cogió y lo olió, solo olía a caldo- pruébalo Gida, delante de mí- la mujer se puso pálida por la petición y negó con la cabeza, dando un paso hacia atrás. Él lanzó el cuenco a la chimenea, donde el contenido chisporroteó contra el fuego, la llama tembló durante un momento, para arder a continuación mucho más fuerte.

- ¡Vete de esta casa y no vuelvas! - rugió. Gida comenzó a sollozar, y se arrodilló agarrándole la pierna, pidiéndole perdón.

- ¡Lo siento, no volverá a ocurrir!, ¡te lo juro!, te serviré fielmente...

- ¿Por qué has querido matarla? - estaba asombrado al ver llorar a la cruel Gida.

- He visto como la mirabas, para ti no es una esclava. - se limpió las lágrimas con la manga del vestido, mirando con odio a la joven, que permanecía callada y pálida sobre la cama, en la que ella había dormido habitualmente con Hrolf. Juró vengarse en silencio, pero para poder hacerlo, tenía que quedarse allí.

- Está bien, vete a la habitación de las esclavas, de todas maneras, esto había durado demasiado Gida. No creas que es porque ha venido Erika. Dile a Helga que venga, y llévate tus cosas allí.

- Sí, voy ahora mismo- salió de la habitación sin volver a mirarles, aunque Erika había notado el odio que transmitía su mirada.

- Tienes que comer algo ¿por qué no has comido en el barco? - se arrodilló junto a ella, echándole el pelo hacia atrás.

- No me gustaba la comida, además estaba siempre mareada, lo que tragaba lo devolvía.

- Tenías que habérmelo dicho- se calló, dándose cuenta de que, ahora, lo importante era que se recuperara- Está bien, te traerán algo de comida, y yo te ayudaré a comer ¿de acuerdo? - ella asintió, cerrando los ojos después. Era tan frágil, no era como las mujeres de allí, que eran casi tan grandes y fuertes como los hombres.

- Me ha dicho Gida que me has llamado, Hrolf- se volvió hacia Helga, estaba con él desde hacía años, y también sabía de plantas y enfermedades, aunque no tanto como Gida. Se acercó a él despacio, era una anciana, y posó su mano en el antebrazo:

- Sé lo de Beothuk, le echaremos de menos. Era un buen hombre- él asintió estremecido, allí todo se lo recordaba, afortunadamente tenía a Erika. La señaló para presentársela.

- Helga, esta es Erika, está enferma. No ha comido nada desde hace cinco días, dice que vomitaba todo.

La anciana, con dos trenzas muy largas totalmente blancas, y la cara muy arrugada, se acercó hasta ella. La miró largamente, luego dijo:

- ¿Estabas mareada siempre en el barco? - ella asintió.

- Te traeré algo de pan para que se asiente el estómago, luego, si no lo echas fuera, te daremos la cena- se acercó más a ella frunciendo el ceño- Hrolf, hay que bañarla, ese vestido está mojado por algo grasiento.

- Es caldo, se lo ha echado por encima Gida.

- ¡Esa muchacha!, no tiene ni una idea buena en su cabeza. Primero la traeré el pan, mientras, les diré a las muchachas que calienten agua, luego la bañaré.

- ¡No!, lo haré yo Helga- la vieja le miró sonriente, luego asintió.

- Comprendo- después, salió de la habitación como si fuera una reina. Erika miró a Hrolf asombrada. Ante la anciana, parecía más humano.

- No sabía que estabas incómoda por la ropa. Tienes que decirme esas cosas, quiero que estés a gusto en esta casa.

Erika paseó la mirada por la habitación. Demasiado débil hasta para contestarle, le dejó que la desvistiera. En cuanto estuvo desnuda, la metió bajo la sábana, y la arropó con una piel. Helga volvió a entrar, y le explicó cómo darle el pan, como si fuera un pajarillo al que le estuviera alimentando su madre.

- ¿Más? - Erika negó con la cabeza- ¿Agua? – afirmó y bebió un vaso entero de agua fresca recién cogida del río, como la que se estaba calentando en la cocina. De repente, sintió unos fuertes temblores en el cuerpo. Hrolf miró a Helga:

- ¿Qué le pasa? - la anciana meneó la cabeza, sin saber qué decirle. Hrolf se tumbó bajo la sábana, junto a ella, y la abrazó con fuerza hasta que pasaron los temblores. Helga avisó antes de salir lo más deprisa que podía:

- Volveré en cuanto esté el agua, es la manera más rápida de calentarla. No dejes de darle calor Hrolf.

- ¿Te encuentras mejor, *min elskede*? - no sabía por qué la llamaba así, era una expresión que no había oído dese hacía muchos años. Por alguna razón, era la adecuada para ella.

- Sí- susurró- Hrolf- le costaba mucho hablar- no creo que pueda vivir aquí, moriré en pocos días. Deberías llevarme a mi casa, quiero despedirme de mi familia- sentía tal debilidad dentro de ella, que estaba segura de que moriría.

- ¡No digas eso!, si lo hicieras, te seguiría a donde fueras- ella se miró en sus ojos perdiéndose en ellos, pero estaba tan cansada... Volvió a cerrar los ojos, sonriendo, quería soñar con sus padres, que seguía estando en su casa, feliz, como cuando era niña. Se durmió tranquila en los brazos de su captor. A pesar de todo lo que le había hecho, en sus brazos seguía sintiéndose segura.

Unos minutos después la despertaron esos mismos brazos, para sumergirla en agua caliente. Su cuerpo tembló, pero esta vez de placer. Escuchó hablar a Hrolf con la anciana, pero no le interesaba la conversación, solo quería soñar, quizás soñando podía volver allí.

- Hrolf, ¿necesitas ayuda?

- No, es mi mujer, yo la bañaré.

- Sécala bien luego, recuerda que está muy débil, y puede coger frío con mucha facilidad. En un rato volveré para darle algo más de comer.

Él observaba a la luz del fuego, mientras la tenía en la bañera, como se le marcaban las costillas, se regañó a sí mismo, por no haberse dado cuenta antes de que se encontraba mal. La lavó con jabón, y después de aclararla, la secó y la acostó con un camisón que le había traído Helga. Ella se acomodó en la cama con un suspiro de placer, casi le parecía haber vuelto a casa.

Después llegó Helga con la comida, y volvieron a despertarla:

- Hrolf sentado en la cama, la ayudó a sentarse, a pesar de que ella no quería.

- Déjame dormir, tengo mucho sueño- se sentía limpia por primera vez desde hacía muchos días. Vio la comida en el plato que sujetaba Hrolf, y se puso la mano en la boca- ¡No, por favor!, no quiero vomitar más.

- Tienes que comer- él se miró las manos extrañado al notar que temblaban, Helga al verlo, se adelantó para que le dejara el sitio a ella.

- Déjame, se lo daré yo- él asintió levantándose y dándole el plato.

- Erika, son unas gachas, me salen muy buenas, ya verás como no te sientan mal. Creo que tenías lo que llaman mal del mar- Erika la miró, le recordaba a Marianus, abrió la boca casi sin pensarlo. Las gachas calientes, con sabor dulce y suave, bajaron por su garganta sin arcadas. Abrió la boca casi enseguida, pidiendo más.

Hrolf se apoyó en la pared observándola comer, tranquilo por primera vez en una semana. Ya estaba en casa.



# NUEVE

Hrolf insistió en que estuviera en cama un par de días más, pero ella no podía quedarse más tiempo allí, dándole tanto trabajo a una anciana. Al parecer, el resto de los esclavos estaban en los campos, ya que estaba a punto de comenzar la cosecha. Había dormido sola cuatro días, lo que le agradeció. Se lavó y, poniéndose uno de sus vestidos, que ya estaban en un arcón junto al de la ropa de Hrolf, salió a la cocina para hablar con Helga. Necesitaba saber más cosas sobre aquél sitio, y, si había suerte, quizás, conseguiría alguna idea sobre cómo huir de allí.

Estaba cocinando, se volvió cuando entró en la cocina.

- Hola Erika, no deberías haberte levantado, el amo se enfadará en cuanto te vea de pie- rezongó, estaba haciendo sus gachas. Erika las comía todos los días encantada.

- Estoy mucho mejor, gracias Helga. Me gustaría ayudar en algo.

- ¿Qué sabes hacer? - se encogió de hombros

- Cocinar no, si no queréis poneros enfermos- bromeó- se me da fatal. Mi madre no ha sido capaz de enseñarme- se mordió los labios al nombrarla, se acordaba todos los días de ella- pero se me da bien tejer

- ¿En el telar? - Helga parecía extrañada de que alguien tan joven supiera tejer.

- Sí, en mi casa hacía casi toda la ropa a mi familia, bueno, entre mi madre y yo, nos gusta mucho tejer.

- Eso es estupendo, desde que murió la vieja Keiris, nadie ha vuelto a utilizar los telares, están en el granero, le diré a uno de los chicos que te traiga uno.

- No, iré a verlos primero, para ver cuál me va mejor. Sé que hay de varios tipos, y prefiero uno que ya conozca.

- Está bien, ve muchacha, pero antes desayuna- se sentó a la mesa y comió las gachas. Fregó el cuenco y la cuchara antes de salir.

Salió abrigada con una de las capas cortas, de verano, que había colgadas

en la entrada, aunque no hacía demasiado frío, aquella tierra era muy distinta a su casa, había más árboles, y plantas. A lo lejos, dentro de una cerca, correteaban unos cuantos caballos que parecían sin domar. Dio un rodeo para ir al granero, Helga le había dicho que al fondo del granero estaban los telares.

Los vio enseguida, apoyados contra la pared, con los pesos que se utilizaban para tejer, colgando libremente. Un par de ellos eran demasiado grandes para ella, pero había uno que era más o menos de su tamaño. Limpió el polvo con la mano para ver bien la madera. Era suave, estaba bien trabajada. Mientras tuviera que quedarse allí, lo utilizaría, siempre la relajaba tejer. Escuchó unos gemidos a su derecha, y se giró frunciendo el ceño.

En un montón de paja, como si fueran un par de animales, había un hombre y una mujer retozando... No la habían oído, se quedó un par de segundos mirándoles, sin poder creerlo. No sabía por qué, no había razón para ello, pero sintió un dolor enorme en el pecho al verlo. Entonces él debió sentir su presencia, porque se irguió dándose la vuelta. Tenía un aspecto terrible, como un hombre que estaba en el infierno, sus ojos azules incandescentes, el gesto de la boca amargado. Susurró su nombre, ella se enderezó, intentando aparentar que no le afectaba la mirada de victoria de la otra mujer, y fue hacia la salida con toda la dignidad que pudo.

- ¡Erika!, ¡vuelve aquí! - se levantó con los pantalones bajados, y corrió tras ella subiéndoselos.

- Perdonad que os haya interrumpido, he venido a ver los telares, seguid, seguid- hizo un gesto con la mano animándoles, mientras creía que el corazón se le partiría en dos.

Mentiroso, mentiroso...- pensaba, había creído que, al menos, era verdad que sentía algo por ella. Pero todo era mentira.

La giró agarrándola fuerte del brazo, ella levantó la cabeza, arrogante. No volvería a engañarla.

- Deberías estar en la cama- la voz de él volvía a ser cavernosa, pero ella ya no le temía. Era otro hombre infiel, como tantos.

- Me encuentro mejor, gracias- su voz sonó fría, como se sentía ella.

- Me gustaría entonces, enseñarte la granja, quiero que lo veas todo. Puedes elegir el caballo que quieras- intentaba engatusarla, ¿tan tonta se creía

que era? Tiró del brazo para que la soltara, pero solo consiguió que él frunciera el ceño.

- No, muchas gracias, creo que comenzaré a tejer enseguida, voy a hablar con Helga para ver si tenéis lana- volvió a tirar del brazo. Esta vez él dejó que se fuera, aunque siguió mirándola con el ceño fruncido.

- ¡Maldito seas!, en cuanto pueda volveré a mi casa. Me iré tan rápido, que no sabrás lo que ha pasado, ya lo verás- murmuró de vuelta a la casa.

Helga le dio la canasta de lanas de Keiris, y la dejó a solas en el cuarto de Hrolf, pero ella no quería estar allí, así que volvió a la cocina. Había muchas madejas enredadas, las desenredaría todas, así estaría distraída. Y podría hablar con Helga.

Había mucha lana, seguramente podría hacer una manta para una cama. Siempre había querido hacer una muy colorida para sus padres, y nunca había tenido tiempo. Hasta ahora.

- Helga ¿no podría ponerme a tejer en el granero?, hay buena luz por las rendijas de la madera, y ahora que llega el buen tiempo, si estoy abrigada no pasaré frío.

- Sí, no parece mala idea, Keiris lo solía hacer en la entrada de la casa.

- Sí, mi madre y yo también, pero vuestro granero es muy grande y está bastante limpio. Y no se me meterá el polvo del campo en los ojos, cuando venga una ráfaga de aire.

- Sí, a Hrolf le gusta que todo esté cuidado y limpio, además, hay dos sirvientes para el campo y dos para el resto de la granja, aunque ahora estén todos dedicados a los campos por la cosecha. Y para la casa Gida y yo, aunque con Gida no se puede contar demasiado. ¿No la has visto por ahí fuera?, llevo esperándola toda la mañana.

- Está con Hrolf- Helga levantó la cara mirándola sorprendida, su instinto le dijo que debía intentar justificar a su señor.

- No debes preocuparte por esa mujer, él ya no está interesado, pero ella no lo acepta- Erika sonrió mientras cortaba un trozo de lana, que le era imposible desanudar.

- ¡Oh, por lo que yo he visto, te aseguro que no hay falta de interés!, estaba

muy, pero que muy interesado- Helga la miró con el ceño fruncido, hubiera jurado que él no volvería a caer en la trampa de Gida, pero con los hombres no se sabía nunca. ¡En el fondo eran tan ingenuos!

- Estoy segura de que ella lo ha provocado hasta conseguir lo que quería. Un revolcón rápido- dijo, esperando que no le diera importancia.

- Sea rápido o lento, para mí, eso demuestra que no es de fiar. Cuando mi padre se unió a mi madre, las demás mujeres dejaron de existir para él.

- Hrolf se ha criado totalmente salvaje, ha conseguido lo que tiene, que es mucho, él solo, y la vida ha sido muy dura con él. Se quedó huérfano siendo un niño, y cuidó de su hermano desde entonces. Con diez años ya estaba en el ejército peleando por un plato de comida. No creo que él haya conocido, nunca, una familia como la tuya.

- Precisamente, él les ha visto, no tiene excusa. ¿Me robó de casa de mis padres entonces, solo para ser una más en calentar su cama? - siseó indignada, respiró hondo para tranquilizarse. Tenía que ser fría para poder salir de allí, sería su único objetivo de ahora en adelante- Me alegro de haberlo visto. Ahora, yo también me siento libre de irme de aquí en cuanto pueda- Helga la miró con el ceño fruncido, y las dos se giraron, hacia el hombre que gruñía en la entrada de la cocina.

Hrolf había venido, después de pensarlo mucho, dispuesto a pedirle perdón. Esperaba que las palabras pudieran salir de su boca, aunque nunca había pedido perdón a nadie por nada. Pero llegó a tiempo para escuchar que se iría de su lado en cuanto pudiera. ¡Eso no ocurriría nunca!, ¡antes se helaría el infierno!

Su mente era un caos, no recordaba nada, pero cuando fue consciente de nuevo, estaba con ella en su habitación. Erika le miraba retadora, él no podía pensar racionalmente, su mente se había cubierto con una especie de neblina. Solo sabía que tenía que hacerle entender que era suya. Que jamás volviera a pensar que no lo era. La cogió por la muñeca y rasgó su vestido. Ella parecía asombrada.

- ¡Suéltame Hrolf! - comenzó a forcejear, él la sujetó con facilidad. Ella entonces, más enfadada que nunca en su vida, puso la mano en forma de garra, y le arañó la cara, dejándole cuatro marcas en la mejilla.

- ¡Perra! – rugió furioso levantando la mano para pegarla. Ella irguió la cara,

para que lo tuviera más fácil. Quería que la pegara, que le hiciera daño. Así no volvería a tener sentimientos por él nunca más, pero él vaciló. No podía hacerlo, nunca podría levantarle la mano con ira.

- ¿A qué esperas? Vamos pégame – se acercó más a él- te lo pondré más fácil ¡Venga, pega! - volvió a levantar la cara. Él la tomó de la mandíbula con fuerza, y guio su cara para darle un beso, pero ella apartó la boca.

- ¿Te atreves a negarte a mí? - la sacudió, todavía la tenía cogida por la muñeca.

- Nunca seré tuya, nunca ¿me oyes?, ¡vete con Gida! ¡Eres como un perro, un animal que necesita montar hembras todo el día! – él la levantó en sus brazos y la lanzó sobre la cama, el impacto hizo que a ella le faltara el aire. Hrolf metió la mano bajo sus faldas, para arrancarle las bragas, y luego, se cogió el miembro y la penetró, ebrio de rabia y furia. Ella estaba seca y gritó de dolor, nunca le había dolido tanto. Se sintió sucia y usada como si fuese un animal. Mientras él entraba y salía de ella, con la cabeza apoyada en el hueco de su hombro, ella repitió constantemente en su oído:

- Te odio, te odio, te odio...- nunca había odiado a nadie, hasta conocerle.

Cuando se vació en ella, se levantó de la cama con un gruñido terrible, que vibró por toda la habitación. Durante unos minutos, estuvo haciendo el mismo ruido, que un animal salvaje pillado en una trampa. Se alejó hacia la puerta de la habitación, pero no fue capaz de dejarla así, y volvió junto a la cama. La miró, ella mantenía los ojos cerrados y la cara tapada con un brazo, como si no quisiera que la vieran. Acercó la mano a su cara despacio, ella debió sentirlo porque abrió los ojos y le miró con odio, luego se sentó bajándose las faldas. Él se volvió y se fue de la habitación. Sólo entonces, ella lloró.

El resto de la mañana la pasó como en una nube, no era capaz de fijarse en lo que ocurría a su alrededor. Helga, que había escuchado los ruidos, la ayudó a lavarse, y le puso un vestido limpio.

- Vamos niña, no te preocupes tanto, hay hombres que les cuesta más que a otros acoplarse a su pareja. Él te quiere, estoy segura, no había más que ver cómo te cuidó, cuando estabas enferma- Erika estaba sentada ante la canasta de las lanas, sin hacer nada, no podía. Su mente no podía pensar en nada. Se concentraba en respirar profundamente, para no ponerse a llorar y a patalear

como una niña pequeña, para que la llevaran junto a sus padres. No quería acordarse de ellos, porque sabía que entonces comenzaría a llorar y no pararía. Y no quería llorar más.

Por primera vez en su vida quería... ¡no!, quería no era la palabra. Necesitaba vengarse. Sabía, por su padre, que el mayor sufrimiento de un berserker, era que alguien hiciera daño a su compañera. Eso y que su compañera no le quisiera, así que decidió que se vengaría donde más le doliera.

La ocasión se presentó después de comer, ella comió en la cocina con los sirvientes. A pesar de que Hrolf pidió que ella fuera al salón en varias ocasiones, ella no hizo caso. Finalmente, apareció por la cocina.

- Te he llamado varias veces- habló tranquilo, y la miraba con precaución. Hacía bien, ya que ella no sabía cuánto tiempo podría aguantar sin sacarle los ojos.

- Lo sé, pero he preferido comer aquí- siguió recogiendo los cacharros de la comida, aunque Helga le había dicho que no lo hiciera.

- Quiero hablar contigo.

- Pero yo no- dio unos golpecitos a Helga en el hombro- déjame que limpie los platos, por favor.

Él, harto ya, la cogió de la muñeca, y la llevó a la habitación, donde cerró la puerta y se quedó mirándola. Finalmente, agachó la cabeza y dijo:

- Lo siento, es que cuando has dicho que me abandonarías, me he vuelto loco, no podría soportarlo- se acercó a ella, pero Erika no se movió- dime que me perdonas.

- No. No te perdono, solo lo haría, si dejaras que me fuera a mi casa.

- Esta es tu casa.

- ¡Ja!, de eso nada. Si fuera mi casa, podría hacer cambios en ella, decidir a quien se admite en ella...

- Puedes hacer lo que quieras- se anticipó antes de que ella terminara de hablar.

- No quiero hacer nada- le miró la marca que le había dejado con las uñas en la mejilla. Se le revolvió el estómago al pensar que le había hecho sangre- me voy, no quiero estar a solas contigo.

Él se hizo a un lado, para dejarla pasar con un estremecimiento ante su frialdad. Erika volvió a la cocina, enseguida vino Helga, había estado hablando con Hrolf:

- Quiere que te diga que se van a cazar, hay una cabaña en la montaña, volverán en un par de días.

Ella no dijo nada, siguió con las madejas, había decidido hacerlas más grandes, mezclando varios colores, así serían más alegres. Intentaba distraerse. Se acostó pronto, a pesar de los ruegos de Helga, durmió con ella en su habitación, no quería dormir en la cama de Hrolf.

Al día siguiente, en cuanto desayunó, se fue a preparar el telar, lo estuvo limpiando, y lo colocó junto a una de las paredes por donde entraba más luz. Después, fue a echar un vistazo al barco en la playa. No había nadie a la vista, pero su casa estaba demasiado lejos, y ella no sabía navegar. Además, aquella nave, necesitaba varios hombres para que surcara el mar. Volvió junto al telar resignada, y comenzó a trabajar. Como le ocurría siempre, se metió en su mundo, y no veía ni escuchaba nada de lo que había a su alrededor. Estaba inclinada tejiendo, cuando sintió una mano que la agarraba del brazo:

- ¡Te estoy hablando hace rato! ¿estás sorda? - era Gida, ¡que pesada era esta mujer! La miró deseando que desapareciera de su vista.

- ¡Toma! - tiró a sus pies una daga. Erika la miró con el ceño fruncido. ¿Qué pretendía ésta loca?

- ¡Pelea!, Hrolf me ha echado de sus tierras, dice que soy libre, todo por tu culpa, pero no lo voy a admitir. ¡Pelearemos por él!

- No voy a pelear contigo por él, por mí puedes quedártelo. No te preocupes, yo no os voy a estorbar.

- ¿Es que no me has escuchado?, ayer nos reunió, y dijo frente a todos, que eras el ama de todo, y que yo tenía que irme. Y que, si alguien no te respetaba, que se preparara para lo peor. Pero para mí no hay nada peor que estar sin él- negó con la cabeza y su melena rubia se movió alborotada, de un lado a otro. Tenía el pelo enredado y sucio, por primera vez, a Erika le pareció que quizás no estaba muy bien de la cabeza. Se levantó despacio.

- Podemos hablar sobre esto Gida, yo no soy ningún estorbo para ti, te lo aseguro.

- ¡Sí lo eres! ¡estás mintiendo! ¡le quieres para ti! – gritó- ¡coge el puñal, vamos! - señaló el puñal con el suyo propio, para que lo cogiera. Erika se agachó sin dejar de mirarla. Comenzó a preocuparse.

Su padre le había enseñado a pelear, pero hacía mucho que no practicaba con daga, le gustaba más la espada. Dieron vueltas, una alrededor de la otra, hasta que Gida alargó el brazo y, formando un arco, intentó clavárselo en el pecho. Se echó hacia atrás, y alargó la mano consiguiendo sujetar la de Gida. Forcejearon, Gida intentaba bajar el puñal, y ella intentaba sujetar su mano arriba. Pero la esclava era muy fuerte y ella no creía poder aguantar mucho tiempo más. En ese momento, escucharon un grito.

- ¿Qué estáis haciendo? - Hrolf entró como loco, viendo a las dos mujeres peleando con dagas. Erika se quedó parada viéndole, pero Gida fue más rápida, y le clavó el puñal en el brazo.

Hrolf lanzó un rugido al verlo y Gida se retiró asustada. Erika se sujetó el brazo que sangraba, mientras respiraba hondo intentando no marearse, ya se había desmayado suficientes veces para toda su vida. El vikingo, medio loco, agarró del vestido a Gida y la arrojó contra la pared. Luego, se acercó a Erika y miró su brazo, que sangraba bastante.

La miró con los ojos húmedos, ella se quedó sorprendida al verle. Ya tenía su venganza. Aunque fuera a costa de ella misma.



# DIEZ

No recordaba lo ocurrido después con mucha claridad, solo que se formó mucho lío de gritos. Vinieron los hombres a ver qué ocurría. Eso fue hasta que Hrolf, que parecía emitir un extraño zumbido, gritó más fuerte que nadie, entonces, los demás callaron y le escucharon. Ordenó que se llevaran a Gida a la cabaña y que la encerraran sin dejarla salir, más tarde se ocuparía de ella, y que llamaran a Helga.

Erika se sentía como si aquello no le estuviera pasando, estaba arrodillada sujetándose el brazo. La llevó a la cocina, agradeció que la llevara allí y no a la habitación. Se sentía extraña, como si no le afectara nada de todo lo que estaba ocurriendo. No escuchaba lo que hablaban. Por supuesto, oía voces y ruidos de Helga, que debía estar buscando algo. Estuvo pensando, que era una pena que no hubiera podido continuar con la manta para la cama de sus padres. Los colores que había mezclado eran muy bonitos.

- ¡Erika! - Hrolf la zarandeó un poco cogiéndola del hombro. Parecía como si estuviera ida, se asustó, no respondía a su nombre. Por fin consiguió que le mirara.

- ¿Qué quieres? - seguía con el brazo sujeto por el otro, como si no se atreviera a soltarlo.

- Tienes que dejar que Helga te vea el brazo- se miró el brazo y pareció sorprendida de vérselo ensangrentado, luego, lo alargó confiadamente a Helga, y volvió a mirar al infinito.

- ¿Qué le pasa? - estaba realmente asustado al verla.

- Es por el susto. Creo que su mente, no puede aceptar todo lo que ha pasado, necesita tiempo. Hay que dejarla que esté tranquila, voy a curarla, y luego la dejaremos descansar. Alguien debe quedarse con ella- el asintió preocupado.

Afortunadamente, no había podido estar más de una noche separado de ella. Había vuelto, para decirle que tenían que arreglar las cosas, que cambiaría. Que le dijera que tenía que hacer, pero que no podía dejarla marchar, porque no sobreviviría. Cuando volvió y Helga le dijo que estaba en el granero tejiendo,

pensó que por fin se estaba adaptando y fue a verla. Cuando las vio peleando con el cuchillo, gritó intentando distraer a Gida. Si la hubiera matado, no hubiera podido evitar arrancarle la cabeza, fuera mujer o no.

La herida era superficial, cuando Helga terminó de lavarla y tajarla, él la llevó a la cama, desnudándola como si fuera una niña y arrojándola después. Atizó el fuego, y se sentó junto a ella, en una silla, porque no quería molestarla. Cogió su mano acunándola entre las suyas, luego, la llevó a sus labios y la besó con pasión. Cerrando los ojos, dio gracias a los dioses, porque no le hubiera pasado nada.

- Tengo frío ¿te importa acostarte a mi lado? – incrédulo, se metió en la cama después de desnudarse y quitarse las botas, abrazándola con cuidado.

Colocó su brazo vendado sobre las sábanas para que no se rozara con nada, ahora le ardía bastante, Helga le había echado algo que escocía horrores. Y le había entrado sueño, se acercó a Hrolf, estaba tan caliente...bostezó acomodando su cabeza en el pecho del hombre, y se durmió.

Él veló su sueño con ojos vigilantes, mirando el fuego, agradeciendo tener otra oportunidad para arreglar lo que había hecho mal. La besó en la cabeza con cuidado de que no despertara, y acarició su brazo sano encantado de poder acunarla contra su cuerpo.

Se levantó una hora después, viendo que seguía dormida, salió fuera, tenía que hablar con Gida. Bjarni estaba esperando en la sala.

- ¿Dónde está? - Bjarni se acercó a él.

- Sigue en la cabaña, la vigila Thorvald.

- De acuerdo, vamos.

Entró solo en la cabaña, allí dormían los esclavos varones. Gida había roto todo lo que había encontrado a su alcance. Ni siquiera eso consiguió enfadarlo más, nada podía empeorar lo que le había hecho a Erika. La observó unos instantes, su mirada de odio hubiera aterrorizado a cualquier otra mujer.

- Gida, recoge tus cosas. No voy a castigarte por lo que ha ocurrido, pero quiero que te vayas, Leif y Thorvald te acompañarán al pueblo. O si lo prefieres, te pueden llevar a otra granja, sé que alguno de los vecinos está interesado en ti cuando venían de visita, ella se acostaba con varios de ellos, nunca le había importado. Ahora se daba cuenta de que eso significaba que no sentía nada por

ella.

Gida se arrodilló sollozando y se agarró el pelo, tirándose de él. Hrolf miró durante un momento hacia el suelo, no tenía paciencia para esto. Suspiró.

- Gida, no va a servir de nada lo que hagas. La quiero, si la hubieras matado, yo hubiera acabado contigo, y luego no hubiera querido seguir viviendo. Cuando la conocí, supe que era la elegida - ella se le quedó mirando con desesperación. Por primera vez se dio cuenta de que sentía algo por él, creía que su relación se reducía a unos cuantos revolcones en la cama, cuando los dos tenían ganas. Era una mujer fuerte, y nunca había dado señales de querer nada más. Cierto que era muy posesiva, pero pensaba que era parte de su carácter.

- Lo siento. Si necesitas algo, pídeselo a los chicos- salió de allí y respiró hondo, escuchando los alaridos de la mujer. Siguió andando hacia la casa, seguido por Bjarni

- Entonces ¿quieres que se vaya?

- Sí, cuanto antes mejor. Hoy mismo, si algo le hubiera pasado a Erika- se encogió de hombros incapaz de seguir hablando.

- No te reconozco, no pareces el mismo, Hrolf. Cuando dijiste que nos la teníamos que llevar, aunque nos habías contado lo que te había dicho el padre, no fui capaz de imaginar cómo cambiaría tu vida, y la de todos, con ella aquí.

- Sí, tengo que arreglar muchas cosas con ella, pero creo que conseguire que seamos felices. Haré lo que sea, cambiaré, merece la pena, ella lo merece todo- sonrió. Bjarni abrió los ojos como platos al verle. No recordaba haberle visto sonreír antes. Ya estaba cambiando.

Erika abrió los ojos lentamente, de repente, todo le vino encima. Cuando reconoció la habitación, volvió a sentir la misma tristeza que había sentido en el sueño. Su madre la llamaba y ella no podía acudir, la necesitaba.

- ¿Te ocurre algo? - Hrolf la miraba con ojos preocupados, tenía su mano cogida en la suya, y esperaba paciente.

- Mi madre me llamaba- dijo triste.

- Era un mal sueño, no te preocupes, min elskede.

- Sí- suspiró, se sentó en la cama con dificultad, ya que todavía no podía

utilizar el brazo izquierdo. Hrolf se levantó para ayudarla y ponerle la almohada en la espalda- ya me has llamado así más veces, y no sé qué significa.

- Significa mi amada en el idioma antiguo, aquí se lo dicen los esposos entre ellos- ella le miró asombrada- quiero explicarte lo ocurrido con Gida. Ahora que estamos más tranquilos los dos.

- No quiero que me lo expliques- si lo hiciera, seguro que le perdonaría, y no quería hacerlo. Quería poder volver a su casa. Si se enamoraba completamente de él, no volvería con sus padres.

- Sí, déjame hacerlo- susurró- te pido perdón, estaba tan furioso y preocupado, que me comporté como un animal. Si viste mi cara, sabes que no estaba disfrutando. No es excusa, sé lo importante que es para ti, que sea leal contigo. Y te juro por mi alma, si la tengo, que no volveré a hacerlo- ella miró sus ojos ardientes, perdiéndose en ellos, y asintió en silencio- soy tuyo Erika, de nadie más. Aunque tú me abandonaras, seguiría siéndolo. Falta que tú decidas si eres mía- bajó la vista avergonzado por haberse mostrado por entero a otra persona. Ella por fin le creyó, y su última defensa cayó.

Bjarni llamó a la puerta y entró directamente.

- ¡Hrolf!, ¡han venido Gerd y Thorlak, han atacado su granja! - Hrolf se volvió hacia ella y le dio un beso rápido en los labios, antes de ordenar:

- ¡Quédate aquí! – Los dos hombres salieron corriendo. Ella se levantó despacio para ver qué ocurría, no podía quedarse en la cama. No sabía si podían llegar a atacar la casa.

Se acercó a la cocina, ya que en el salón se escuchaban los gritos de varios hombres.

Helga se sorprendió al verla, y le hizo sentarse, preocupada.

- Estoy bien, no te preocupes, ¿qué está pasando Helga?

- Hay unos ladrones y asesinos, que atacan las granjas de vez en cuando y luego huyen a las montañas. No saben quiénes son, pero cuando ocurre, entre varios vecinos, van a buscarlos.

- Ya- en casa de sus padres no recordaba que ocurriera nunca nada parecido. Aquí todo parecía más salvaje.

- ¡Erika! - Hrolf la llamaba desde el dormitorio, fue hasta allí. Estaba

cambiándose de ropa, y encima de la cama estaban las armas que llevaría. Erika abrió mucho los ojos al verlo prepararse para luchar. Su corazón comenzó a martillar en el pecho. De repente, se dio cuenta de que no podía perderle, no sin antes decirle lo que sentía por él. Lo que había descubierto, cuando había visto la muerte en los ojos de Gida, y cuando él le había confesado lo que sentía, unos momentos antes.

- ¡Hrolf! - él se había cambiado la camisa, e iba a ponerse la piel encima, cuando se giró hacia ella, preguntándola con la mirada. Ella, sin pensar, se lanzó a sus brazos. Él no supo que hacer durante un par de segundos, se había quedado petrificado. Cerró los brazos alrededor de ella, negando con la cabeza.

- Estás loca Erika, ¿te echas en mis brazos ahora que me voy a luchar, cuando te me has negado todos estos días? - ella se separó sonriendo temblorosa.

- Creo que te quiero, no quiero que te pase nada, me he dado cuenta luchando con Gida, pero no quería decírtelo todavía. Había decidido hacerte sufrir un poco más, pero no quiero que vayas a luchar sin saberlo- le miró llorosa y se quitó las lágrimas con los dedos- ¡estoy harta de llorar, yo no soy así!

- Lo que yo digo, loca totalmente- sonrió antes de besarla con suavidad, como si ella fuera algo muy preciado para él.

- Ten cuidado por favor, necesito que vuelvas entero- susurró.

- Volveré, tendremos muchos años por delante, toda una vida- se separó y cogió sus cosas- acompáñame fuera. Dame un beso antes de irme, el de la suerte.

Le cogió de la mano para acompañarle conteniendo las lágrimas, parecía una de esas mujeres lloronas a las que siempre había criticado.

Bjarni y Leif ya tenían los caballos esperando, Thorvald no estaba porque se había llevado a Gida. Hrolf la abrazó contra él.

- Échame de menos- susurró junto a su oído- volveré lo antes posible.

- Lo haré, que Dios te acompañe- la besó y subió al semental, y salieron al galope. Cuando desaparecieron de la vista, Helga y ella entraron en la casa.

Tardaron una semana en dar con ellos, la refriega fue sangrienta y

desagradable, pero finalmente, consiguieron acabar con los tres asesinos que llevaban dos años robando y matando vecinos en las granjas de la región. La última noche, antes de volver, sentando ante la hoguera, junto a Bjarni, pensó, por primera vez en su vida, que proteger el hogar o a alguien que llevaras en el corazón, era lo único que compensaba matar a otro ser humano. Se tumbó sobre la manta de su caballo, y cerró los ojos apoyando la cabeza en el brazo, recordando a su mujer, deseando volver a verla. Ella lo había cambiado todo.

Llegó a casa de mañana, una semana después de haberse ido. Sus amigos habían vuelto de nuevo a sus granjas, dejó el caballo en el establo y entró en casa arrastrando los pies. De repente se le había echado encima el cansancio de haber estado una semana casi sin dormir, y el resto del tiempo montando a caballo. Esta vez, no abandonó la búsqueda a los dos o tres días, se aseguró de encontrarlos, no quería que volvieran a atacar y pudieran poner en peligro a Erika.

Escuchó su risa desde el pasillo, debía estar en la cocina con Helga. Se quedó en el umbral observándola, sus rasgos morenos, y esos ojos violetas que le perseguían en sueños. Ella debió notar su presencia, porque se dio la vuelta quedándose con la palabra en la boca

- ¡Hrolf! - se lanzó a sus brazos con cara de felicidad. Reía como una niña, lo que hizo que él riera también. Le besó la mejilla varias veces, como picotazos de mariposa, riendo, luego se echó hacia atrás con la nariz encogida

- ¡¡Ufff!!, ¡cómo hueles! – rio – Helga, vamos a calentar agua, necesita un baño.

- Pondremos varias ollas a calentar, mientras come. Imagino que casi no habréis comido- Erika tiró de él, para que se sentara en la cocina.

- Ven, siéntate, te pondremos un buen plato de comida, come tranquilo, luego te bañas y a dormir- él sonrió, estaba tan cansado, que no tenía fuerzas ni para hablar.

Comió lo que le pusieron delante, Erika le partió dos rebanadas de pan, y le llenó una copa con agua, luego se sentó junto a él.

- Me imagino que lo habéis solucionado- él asintió sin hablar, no quería hablar de éso. Prefería saber qué había ocurrido en casa en este tiempo.

- ¿Y por aquí como ha ido todo? - Helga dejó un plato de guiso ante él y lo

atacó voraz.

- Bien, hemos estado muy ocupadas- sonrió- hemos limpiado las habitaciones y cambiando algunos muebles de sitio, espero que no te importe. Creo que la casa está mucho más limpia- se mordió los labios algo preocupada de repente, Helga le había dicho que a él le gustaría, pero ahora dudaba.

Hrolf le cogió la mano.

-Esta es tu casa, lo que hagas está bien- Helga asintió aprobando la respuesta, aunque sin volverse.

Erika le dejó comer tranquilo, notaba cómo estaba de cansado, se quedó observando cómo comía, casi quedándose dormido encima del plato.

- El agua ya está- anunció Helga- ¿Aviso a los chicos para que te lleven la tina y el agua a la habitación? - él asintió levantándose.

- Sí, que se den prisa, no sé cuánto aguantaré sin dormirme- bostezó como si fuera un niño, y se dirigió a su habitación. Erika le siguió inconscientemente. En el dormitorio, le ayudó cuando empezó a desnudarse.

Estaba tan cansado que era gracioso. Enseguida trajeron la tina y la dejaron junto a la chimenea, la llenaron de agua, y dejaron jabón y toallas en una banqueta al lado. Hrolf se sentó en la cama exhausto, mientras preparaban el baño y por un momento, miró la almohada con ojos de deseo. Erika le cogió del antebrazo para que se levantara.

Le ayudó a quitarse las calzas, muriéndose de vergüenza, aunque él no se daba cuenta. Se estaba quedando dormido de pie. Le hizo entrar en la bañera, y finalmente le bañó ella misma, pasando el jabón por todo su cuerpo, como si fuera un niño gigante. Cuando le aclaró el pelo con la jarra, le dijo que se levantara y le hizo salir de la tina. Luego le secó. Como siempre dormía desnudo, simplemente abrió la cama, y él se dejó caer en ella. Le arropó y le dio un beso en los labios, luego, recogió la ropa sucia, y le dejó durmiendo.

# EPILOGO

Helga le había dicho que, normalmente, se celebraba el *Vetrarblot*, la fiesta del solsticio de verano en la granja de Hrolf, ya que era la más grande de la zona. Solían venir los vecinos y cada uno traía lo que podía de comida y bebida. Habitualmente Hrolf no solía estar, ya que estaba guerreando, que era como había conseguido su fortuna.

Como ese año estaba ella, y había dejado órdenes para que se la obedeciera en todo, Helga le había preguntado si se celebraría allí también ese año, para organizarlo con las vecinas.

Erika siempre lo pasaba muy bien en esa fiesta, era su preferida. Como era verano, se celebraba al aire libre, todos comían, bebían y gastaban bromas. Al atardecer se encendían grandes hogueras y se bailaba en círculos alrededor de ellas hasta altas horas de la madrugada, bajo el sol de medianoche.

Entre Helga y ella habían organizado todo, como había visto hacer a su madre. Cuando le dijeron a Hrolf que la fiesta sería dos días después, se puso muy cabezón, e insistió en que quería que fuera dentro de una semana. Discutió con él, pero no hubo manera de convencerlo, cuando le preguntaba por qué el cambio de fecha, no decía nada, solo sonreía. Así que mandaron aviso a los vecinos para cambiar el día. El ambiente entre ellos era de felicidad continua, él estaba aprendiendo cómo comportarse con ella, y Erika reconocía que era un buen alumno.

- ¡Has hecho trampa, no me lo creo, serás tramposo! - le señaló con el dedo riendo a carcajadas, estaban jugando al Halatafi. Ella se había levantado un momento, había ido a la cocina para hablar con Helga, ya que al día siguiente era la fiesta, y quedaban algunas cosas de la comida que preparar. Al volver a mirar el tablero, había notado que le faltaban dos piezas, él las había dejado apartadas, como si se las hubiera comido. Hrolf la sonreía con cara de pillo, Erika suspiró interiormente, se lo comería a besos si seguía así, no podía resistirse a su cara de niño travieso.

- No sé lo que quieres decir, solo te quedan tres porque eres mala jugadora-



se encogió de hombros intentando aguantar la risa- vamos, date prisa, que quiero que salgamos a montar un rato.

Era por la tarde, quedaban algunas horas de luz, por lo que asintió y se levantó. Ahora lo entendía, quería salir a montar, por eso había hecho trampas.

- Está bien, vámonos, luego jugaremos la revancha- él se levantó como una bala, y la cogió de la mano, llevándola corriendo hacia la entrada. Erika reía tanto que sentía que las piernas no aguantarían, se llevaba las manos a los costados, él volvía la cara y sonreía con malicia, acelerando el paso. Cuando llegaron al establo, él mismo preparó su caballo, que removía las patas inquieto, deseando salir a correr.

- ¿Preparo yo al mío? - él negó con la cabeza, mientras seguía a lo suyo.

- Vamos juntos.

- Yo quiero montar uno sola- cruzó los brazos como una niña, incluso frunciendo los labios, con un mohín. Cuando tuvo al caballo listo, la cogió por la cintura, como siempre hacía, y la subió sin esfuerzo, montando detrás, solo entonces la contestó:

- Y yo quiero tenerte en mis brazos, todo el tiempo que pueda ¿tienes algo que decir a eso? - ella sonrió sin mirarle, negando con la cabeza, pero él le hizo que se volviera, para darle un beso.

- Me gustan tus besos Hrolf.

- Y a mí los tuyos min elskede- apretó los flancos del caballo con las piernas, y comenzó a andar, pasando a un trote suave enseguida. El sol todavía calentaba. En los campos, el trigo y la cebada estaban crecidos, deseando ser cosechados, y los grillos tocaban su melodía veraniega.

Se encaminó al río, les gustaba mucho ir allí a nadar desnudos, luego se tumbaban en la hierba a hacer el amor, mientras el sol entre los árboles, les secaba con sus rayos.

Dejó correr al caballo para que se desfagara y cuando llegaron lo dejó suelto, para que anduviera a su aire. Durante un largo rato la quietud de la tarde solo se vio interrumpida, por sus carcajadas y gemidos de placer.

Volvieron al paso, ella iba medio amodorrada apoyada en el pecho de Hrolf.

Los dos llevaban el pelo suelto para que se secara. Notó que él se tensaba, y se irguió, seguro que había visto algo.

Estaban llegando a la casa, y, en la puerta, esperaban varias personas. No parecían de por allí.

- ¿Esperamos visita? - estaban demasiado lejos para ver quiénes eran. Se volvió hacia él, y se sorprendió por su sonrisa tierna.

- En realidad, vienen a verte a ti, mira otra vez- ella lo hizo. Su corazón brincó alocado. Se volvió hacia él, feliz como una niña:

- ¡Mis padres, y mis hermanos!, ¡no me lo puedo creer! - le besó en los labios apasionadamente. Ya llegaban, él la abrazó con fuerza y le dijo al oído después de hacer parar su montura:

- Recuerda siempre que te quiero, y que no hay nada que no haría por tu felicidad- ella sonrió de nuevo llorosa, puso la mano en su mejilla, y dando un grito de guerra propio de su padre, se bajó sin ayuda del caballo, para salir corriendo a los brazos de su familia.

Él la observaba sonriendo, por fin totalmente feliz.

FIN

